

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«Dejaos interpelar por estos santos.»

Quinto viaje del Papa a España

Biografías de los nuevos santos españoles

Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (V)

Padre Pío de Pietrelcina: testimonio de lo sobrenatural



«España evangelizada. España evangelizadora. Ese es el camino. No descuidéis nunca esa misión que hizo noble a vuestro país en el pasado y en este momento intrépido para el futuro.»

Sumario

«¡La paz esté contigo, España!». Discurso de Juan Pablo II en el aeropuerto de Barajas	3
«En vuestra existencia ha de brillar la gracia de Dios». Saludo del Santo Padre a los jóvenes en Cuatro Vientos	4
«¡No tengáis miedo de hablar de Él!». Discurso del Papa a los jóvenes en Cuatro Vientos	5
«¡No rompáis con vuestras raíces cristianas!». Homilía de Juan Pablo II durante la Misa de canonización	7
«¡Hasta siempre, tierra de María!». Palabras del Papa tras la ceremonia de canonización	9
Santa Maravillas de Jesús: «¡Qué felicidad ser carmelita!». <i>Carmelo de La Aldehuela</i>	10
Historia de la causa de canonización de la beata Maravillas de Jesús <i>Simeón de la Sagrada Familia, O.C.D.</i>	13
José María Rubio, S.J.: el apóstol de Madrid. <i>Peter Hans Kolvenbach, S.J.</i>	15
Pedro Poveda, sacerdote, mártir y fundador	17
Santa Genoveva Torres, «ángel de la soledad»	19
Santa Ángela de la Cruz: compartir la cruz con los más necesitados <i>José María Javierre</i>	21
Razones para un milagro <i>Anselmo A. Navarrete</i>	23
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (V). El primer viernes de febrero de 1689, en el monasterio de la Visitación de Dijon, se oficia por primera vez una Misa pública al Corazón de Jesús <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	24
A los cuarenta años de la encíclica <i>Pacem in terris</i> (II). <i>José M^a Petit Sullá</i>	28
El Rosario, oración social del pueblo cristiano. <i>Jorge Soley Climent</i>	31
Padre Pío de Pietrelcina: testimonio de lo sobrenatural <i>fray Valentí Serra de Manresa, ofm cap.</i>	35
Pequeñas lecciones de historia. Los puestos importantes y las ansias de conseguirlos. <i>Gerardo Manresa</i>	37

Edita

Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración

Duran i Bas, 9, 2^a

Tel. y Fax 93 317 47 33

08002 BARELONA

<http://www.orlandis.org>

E-Mail: regnat@eic.ictnet.es

RAZÓN DEL NÚMERO

SE ha apagado ya el eco de la visita del papa a España, realizado con motivo de la canonización de cinco nuevos santos españoles. Sin embargo, nuestra revista quiere dejar constancia de este acontecimiento tan importante en la vida de la Iglesia en España, al tiempo que expresa su acción de gracias a Dios por estos nuevos intercesores. Es motivo de profundo gozo contemplar una vez más cómo se realizan las promesas de santidad que el Corazón de Jesús manifestó a santa Margarita. Los nuevos santos, a largo de su vida, recibieron carismas distintos que fructificaron en obras de gran fruto para la vida de la Iglesia, pero todos participaron de una especial e intensa devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

La Madre Maravillas de Jesús hizo posible que el carisma carmelitano continuara vivo en la Iglesia con toda la originalidad y fuerza teresiana. Fraguó toda su fecunda acción a la sombra física del Sagrado Corazón de Jesús en el Carmelo también por ella fundado en el Cerro de los Ángeles, donde se había levantado el monumento al Sagrado Corazón de Jesús.

La madre Genoveva Torres, fundadora de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles, caracterizó su vida por una intensa devoción al Corazón de Jesús manifestado en la Eucaristía, y quiso mediante su instituto difundir la cercanía del amor de Jesús a todas las personas necesitadas.

El padre Poveda, movido por la necesidad de dar una respuesta educativa católica a la creciente secularización que en aquellos años se extendía desde las instancias políticas por España, fundó primeramente en Guadix las Escuelas del Sagrado Corazón y posteriormente el Instituto secular teresiano. Este mismo empeño es el que le llevó a dar su vida en testimonio de su fe en la persecución religiosa de 1936.

El padre Rubio, conocido como el apóstol de Madrid, estuvo alimentado por la devoción al Sagrado Corazón, y su fecundo apostolado dio tan manifiestos frutos apostólicos que, como recordó el papa en la homilía de canonización, formó a muchos cristianos que luego también morirían mártires durante la persecución religiosa en España.

Sor Ángela de la Cruz, con el propósito de amor y reparación, fundó la Compañía de las Hermanas de la Cruz, síntesis de oración y austeridad, contemplación y alegría en el servicio a los pobres.

El papa quiso subrayar cómo estos frutos de santidad reflejan el profundo arraigo de la fe en un pueblo que ha sabido transmitirla de generación en generación. Esta ha sido nuestra riqueza, que hoy parece que estamos dilapidando; se la ignora o se la combate con la legislación, especialmente en el campo de la familia y la educación. De ahí la importancia y actualidad de las palabras del Vicario de Cristo, pronunciadas en Santiago de Compostela en la anterior visita y hoy recordadas por el mismo: «No rompáis con vuestras raíces cristianas». La presencia del papa ha permitido contemplar cómo las calles de la capital también eran el escenario del testimonio público de fe y piedad, dado por los millares de asistentes a los distintos actos, especialmente al acto de canonización en el que estuvieron presentes casi dos millones de fieles.

«¡La paz esté contigo, España!»

Discurso de Juan Pablo II en el aeropuerto de Barajas en la ceremonia de bienvenida (3 de mayo de 2003)

Majestades,
Señores Cardenales,
Señor Presidente y distinguidas Autoridades,
Señores Obispos,
Queridos hermanos y hermanas:

1. Con intensa emoción llego de nuevo a España en mi quinto viaje apostólico a esta noble y querida nación. Saludo muy cordialmente a todos, a los que están aquí presentes y a cuantos siguen este acto a través de la radio o de la televisión, dirigiéndoles con mucho cariño las palabras del Señor resucitado: «La paz sea con vosotros».

Deseo para cada uno la paz que sólo Dios, por medio de Jesucristo, nos puede dar; la paz que es obra de la justicia, de la verdad, del amor, de la solidaridad; la paz que los pueblos sólo gozan cuando siguen los dictados de la ley de Dios; la paz que hace sentirse a los hombres y a los pueblos hermanos unos con otros.

¡La paz esté contigo, España!

2. Agradezco a Su Majestad el rey don Juan Carlos I su presencia aquí, junto con la reina, y muy particularmente las palabras que me ha dirigido para darme la bienvenida en nombre del pueblo español. Agradezco también la presencia del presidente del Gobierno y demás autoridades civiles y militares, manifestándoles mi aprecio por la colaboración prestada para la realización de los distintos actos de esta visita.

Saludo con afecto al señor cardenal Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal Española, a los señores cardenales, a los arzobispos y obispos, a los sacerdotes, personas consagradas y demás fieles que forman la comunidad católica, *casi dos veces milenaria*, de este país: ¡Sois el pueblo de Dios que peregrina en España! Un pueblo que a lo largo de su historia ha dado tantas muestras de amor a Dios y al prójimo, de fidelidad a la Iglesia y al Papa, de nobleza de sentimientos, de dinamismo apostólico. Gracias a todos, pues, por esta cordial acogida.

3. Mañana tendré la dicha de canonizar a *cinco hijos de esta tierra*. Ellos supieron acoger la invitación de Jesucristo: «Seréis mis testigos» proclamán-

dolo con su vida y con su muerte. En este momento histórico ellos son luz en nuestro camino para vivir con valentía la fe, para alentar el amor al prójimo y para proseguir con esperanza la construcción de una sociedad basada en la serena convivencia y en la elevación moral y humana de cada ciudadano. Con vivo interés sigo siempre las vicisitudes de España. Constato con satisfacción *su progreso para el bienestar de todos*. El proceso de desarrollo de una nación debe fundamentarse en *valores auténticos y permanentes*, que buscan el bien de cada persona, sujeto de derechos y deberes, desde el primer instante de su existencia y acogida en la familia, y en las sucesivas etapas de su inserción y participación en la vida social.

Esta tarde, me reuniré *con los jóvenes* y espero con ilusión ese momento que me permitirá entrar en contacto con aquellos que están llamados a ser *los protagonistas de los nuevos tiempos*. Tengo plena confianza en ellos y estoy seguro de que tienen la voluntad de no defraudar ni a Dios, ni a la Iglesia, ni a la sociedad de la que provienen.

4. En estos momentos trascendentales para la consolidación de una Europa unida, deseo evocar las palabras con las que en Santiago de Compostela me despedía al finalizar mi primer viaje apostólico por tierras españolas, en noviembre de 1982. Desde allí exhortaba a Europa con un grito lleno de amor, recordándole sus ricas y fecundas raíces cristianas: «*¡Europa, vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Aviva tus raíces!*». Estoy seguro de que España aportará el rico legado cultural e histórico de sus raíces católicas y los propios valores para la integración de una Europa que, desde la pluralidad de sus culturas y respetando la identidad de sus estados miembros, busca una unidad basada en unos criterios y principios en los que prevalezca *el bien integral de sus ciudadanos*.

5. Imploro del Señor para España y para el mundo entero una paz que sea fecunda, estable y duradera, así como una convivencia en la unidad, dentro de la maravillosa y variada diversidad de sus pueblos y ciudades.

¡Que por la intercesión de la Virgen Inmaculada y del apóstol Santiago Dios bendiga a España!

«En vuestra existencia ha de brillar la gracia de Dios»

Saludo del Santo Padre a los jóvenes concentrados en el aeropuerto de Cuatro Vientos

(3 de mayo de 2003)

1. Queridos jóvenes, queridos amigos: estoy de nuevo con vosotros. Nos conocemos de otros encuentros, como también del encuentro en Canadá, en Toronto. ¡Os abrazo a cada uno! ¡Os saludo con cariño, jóvenes de Madrid y de España! Muchos de vosotros habéis venido de lejos, desde todas las diócesis y regiones del País. Estoy profundamente emocionado por vuestra calurosa y cordial acogida. Os confieso que deseaba mucho este encuentro con vosotros.

Os saludo y os repito las mismas palabras que dirigí a los jóvenes en el estadio Santiago Bernabéu, durante mi primera visita a España, hace ya más de veinte años: «*Vosotros sois la esperanza de la Iglesia y de la sociedad (...)* Sigo creyendo en los jóvenes, en vosotros» (3 noviembre 1982, n. 1).

Os abrazo con gran afecto, y junto con vosotros saludo también a los obispos, sacerdotes y demás colaboradores pastorales que os acompañan en vuestro camino de fe.

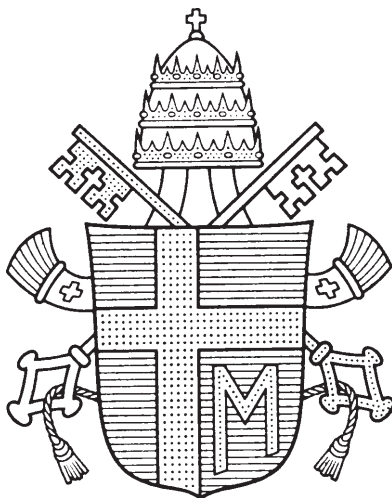
Agradezco la presencia de Sus Altezas Reales, el Príncipe de Asturias, los duques de Lugo y los duques de Palma, así como de las autoridades del Gobierno español.

Quiero agradecer también las amables palabras de bienvenida que, en nombre de todos los presentes, me han dirigido monseñor Braulio Rodríguez, presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar y los jóvenes Margarita y José. Saludo también a monseñor Manuel Estepa, arzobispo castrense, y a las autoridades militares que nos acogen en esta base aérea.

2. Queridos jóvenes, en vuestra existencia *ha de brillar la gracia de Dios*, la misma que resplandeció en María, la llena de gracia.

Con gran acierto habéis querido en esta vigilia meditar los misterios del Rosario llevando a la práctica la antigua máxima espiritual: «A Jesús por María». Ciertamente, en el Rosario *aprendemos de María a contemplar la belleza del rostro de Cristo* y a experimentar la profundidad de su amor. Al comenzar esta oración, por lo tanto, dirijamos la mirada a la Madre del Señor, y pidámosle que nos guíe hasta su Hijo Jesús:

«Reina del cielo, ¡alégrate! Porque Aquél, a quien mereciste llevar en tu seno, ¡ha resucitado! ¡Aleluya!».



«¡No tengáis miedo de hablar de Él!»

Discurso del Papa a los jóvenes en Cuatro Vientos

(3 de mayo de 2003)

1. Conducidos de la mano de la Virgen María y acompañados por el ejemplo y la intercesión de los nuevos santos, hemos recorrido en la oración diversos momentos de la vida de Jesús.

El Rosario, en efecto, en su sencillez y profundidad, es un verdadero *compendio del Evangelio* y conduce al corazón mismo del mensaje cristiano: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

María, además de ser la Madre cercana, discreta y comprensiva, es la mejor maestra para llegar al conocimiento de la verdad a través de la contemplación. *El drama de la cultura actual es la falta de interioridad*, la ausencia de contemplación. Sin interioridad la cultura carece de entrañas, es como un cuerpo que no ha encontrado todavía su alma. ¿De qué es capaz la humanidad sin interioridad? Lamentablemente, conocemos muy bien la respuesta. *Cuando falta el espíritu contemplativo no se defiende la vida* y se degenera todo lo humano. Sin interioridad el hombre moderno pone en peligro su misma integridad.

2. Queridos jóvenes, os invito a formar parte de la «Escuela de la Virgen María». Ella es modelo insuperable de contemplación y ejemplo admirable de interioridad fecunda, gozosa y enriquecedora. Ella os enseñará a *no separar nunca la acción de la contemplación*, así contribuiréis mejor a hacer realidad un gran sueño: el nacimiento de la nueva Europa del espíritu. *Una Europa fiel a sus raíces cristianas*, no encerrada en sí misma sino abierta al diálogo y a la colaboración con los demás pueblos de la tierra; una Europa consciente de estar llamada a ser *faro de civilización y estímulo de progreso* para el mundo, decidida a aunar sus esfuerzos y su creatividad al servicio de la paz y de la solidaridad entre los pueblos.

3. Amados jóvenes, sabéis bien cuánto me preocupa la paz en el mundo. La espiral de la violencia, el terrorismo y la guerra provoca, todavía en nuestros días, odio y muerte. La paz –lo sabemos– es ante todo *un don de lo Alto que debemos pedir con insistencia* y que, además, debemos construir entre todos mediante una profunda conversión interior. Por eso, hoy quiero comprometeros a ser *ope-*

radores y artífices de paz. Responded a la violencia ciega y al odio inhumano con el poder fascinante del amor. *Venced la enemistad con la fuerza del perdón*. Manteneos lejos de toda forma de nacionalismo exasperado, de racismo y de intolerancia. Testimoniad con vuestra vida que *las ideas no se imponen, sino que se proponen*. ¡Nunca os dejéis desalentar por el mal! Para ello necesitáis la ayuda de la oración y el consuelo que brota de una amistad íntima con Cristo. Sólo así, viviendo la experiencia del amor de Dios e irradiando la fraternidad evangélica, podréis ser los constructores de un mundo mejor, auténticos hombres y mujeres pacíficos y pacificadores.

4. Mañana tendré la dicha de proclamar cinco nuevos santos, hijos e hijas de esta noble nación y de esta Iglesia. Ellos «fueron jóvenes como vosotros, llenos de energía, ilusión y ganas de vivir. El encuentro con Cristo transformó sus vidas (...) Por eso, fueron capaces de arrastrar a otros jóvenes, amigos suyos, y de crear obras de oración, evangelización y caridad que aún perduran» (*Mensaje de los obispos españoles con ocasión del viaje del Santo Padre*, 4).

Queridos jóvenes, ¡id con confianza al encuentro de Jesús! y, como los nuevos santos, *¡no tengáis miedo de hablar de Él!* pues Cristo es la respuesta verdadera a todas las preguntas sobre el hombre y su destino. Es preciso que vosotros jóvenes os convirtáis en *apóstoles de vuestros coetáneos*. Sé muy bien que esto no es fácil. Muchas veces tendréis la tentación de decir como el profeta Jeremías: «¡Ah, Señor! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho» (Jr 1,6). No os desaniméis, porque no estáis solos: el Señor nunca dejará de acompañaros, con su gracia y el don de su Espíritu.

5. Esta presencia fiel del Señor os hace capaces de asumir el compromiso de la nueva evangelización, a la que todos los hijos de la Iglesia están llamados. Es una tarea de todos. En ella *los laicos tienen un papel protagonista*, especialmente los matrimonios y las familias cristianas; sin embargo, la evangelización requiere hoy con urgencia sacerdotes y personas consagradas. Ésta es la razón por la que deseo decir a cada uno de vosotros, jóvenes: si sientes la llamada de Dios que te dice: «¡Sígueme!»

(Mc 2,14; Lc 5,27), no la acalles. Sé generoso, responde como María ofreciendo a Dios el sí gozoso de tu persona y de tu vida.

Os doy mi testimonio: yo fui ordenado sacerdote cuando tenía 26 años. Desde entonces han pasado 56. Al volver la mirada atrás y recordar estos años de mi vida, os puedo asegurar que vale la pena dedi-

*¡Dios te salve, María, llena de gracia!
Esta noche te pido por los jóvenes de España,
jóvenes llenos de sueños y esperanzas.
Ellos son los centinelas del mañana,
el pueblo de las bienaventuranzas;
son la esperanza viva de la Iglesia y del Papa.
Santa María, Madre de los jóvenes,*

carse a la causa de Cristo y, por amor a Él, consagrarse al servicio del hombre. ¡Merece la pena dar la vida por el Evangelio y por los hermanos!

6. Al concluir mis palabras quiero invocar a María, la estrella luminosa que anuncia el despuntar del Sol que nace de lo Alto, Jesucristo:

*intercede para que sean testigos de Cristo Resucitado,
apóstoles humildes y valientes del tercer milenio,
heraldos generosos del Evangelio.
Santa María, Virgen Inmaculada,
reza con nosotros,
reza por nosotros. Amén.*

La fe cristiana, don extraordinario para la identidad de España

Al iniciar la celebración eucarística en que se proclamó a los cinco nuevos santos, el cardenal Antonio María Rouco dirigió al papa unas palabras de saludo, de las que son estos fragmentos:

Santo Padre:

Los obispos, presbíteros y fieles de las Iglesias particulares que peregrinan en España, esta tierra bendita desde los albores mismos de la evangelización por el anuncio apostólico de Jesucristo Resucitado, os reciben y saludan en esta vuestra nueva visita a nuestra patria con los sentimientos de veneración y cariño filiales, de gratitud eclesial y de júbilo pascual que han distinguido siempre nuestras relaciones históricas con el Sucesor de Pedro y, de manera totalmente singular, con Vuestra Santidad a quien no sólo los católicos, sino también todos los españoles de buena voluntad acogen hoy con profundo respeto y afecto.

[...]

Desde aquella vuestra primera visita pastoral, verdaderamente histórica, del otoño del año 1982, larga, minuciosa, extraordinariamente sensible y cercana a nuestra realidad social y eclesial, vibrante de esperanza, no habéis cejado nunca de recordarnos el don tan extraordinario y singular que supone para la identidad interior de España la fe cristiana recibida desde los orígenes de nuestra historia común, profesada con una fidelidad a la comunión católica sin fisuras y vivida con una generosidad misionera que no admite muchos parangones. Cuando en el verano de 1989 os poníais a la cabeza de aquella inmensa riada juvenil de peregrinos, nacida de todas las fuentes de la catolicidad, «Camino de Santiago», no sólo

reverdecía el viejo y venerable itinerario de la peregrinación cristiana medieval de los pueblos de España y de los países hermanos de Europa, sino que también se nos revelaba la actualidad del Evangelio de Jesucristo, su vigor juvenil inmarcitable, su frescura pascual; en suma, el ser la llave que abre las puertas del futuro salvador para la humanidad. Con una claridad radiante les enseñabais a los jóvenes del mundo que Jesucristo es «el Camino, la Verdad y la Vida». La Iglesia en España y sus jóvenes aprendíamos con nueva certeza, confirmada por el Sucesor de Pedro, que había que retornar decididamente a lo más auténtico de nuestra tradición cristiana si queríamos descubrir con creatividad histórica, las más ricas, vivas y actuales posibilidades de presente y de futuro para la Iglesia y para la sociedad. Ese horizonte de nuestra historia, por cristiana y católica verdaderamente universal, quedaba más nítidamente iluminado y abierto –tras el prólogo de vuestra escala en Zaragoza con motivo del viaje a Santo Domingo en 1984 para inaugurar el novenario de preparación del quinto centenario de la evangelización de América– en Sevilla, los lugares colombinos y Madrid –desde esta misma plaza de Colón donde nos encontramos–, en junio de 1993 por vuestra llamada apremiante a nuestras comunidades diocesanas y a España entera para que reencontrásemos y recreásemos nuestra vocación misionera hacia dentro y hacia fuera de nuestras fronteras.

[...]

«¡No rompáis con vuestras raíces cristianas!»

Homilía de Juan Pablo II durante la Misa de canonización de los nuevos santos en la plaza Colón (4 de mayo de 2003)

1. «Sed testigos de mi resurrección» (cf. Lc 24, 46-48), Jesús dice a sus Apóstoles en el relato del Evangelio apenas proclamado. Misión difícil y exigente, confiada a hombres que aún *no se atreven a mostrarse en público* por miedo a ser reconocidos como discípulos del Nazareno. No obstante, la primera lectura nos ha presentado a Pedro que, una vez recibido el Espíritu Santo en Pentecostés, tiene la valentía de *proclamar ante el pueblo la resurrección de Jesús* y exhortar al arrepentimiento y a la conversión.

Desde entonces la Iglesia, con la fuerza del Espíritu Santo, sigue proclamando esta noticia extraordinaria a todos los hombres de todos los tiempos. Y el sucesor de Pedro, peregrino en tierras españolas, os repite: *España*, siguiendo un pasado de valiente evangelización: *¡sé también hoy testigo de Jesucristo resucitado!*

2. Saludo con afecto a todo el pueblo de Dios venido desde las distintas regiones del país, y aquí reunido para participar en esta solemne celebración. Un respetuoso y deferente saludo dirijo a Sus Majestades los reyes de España y a la familia real. Agradezco cordialmente las amables palabras del cardenal Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid. Saludo a los cardenales y obispos españoles, a los sacerdotes y a las personas consagradas; saludo también con afecto a los miembros de los Institutos relacionados con los nuevos santos.

Agradezco particularmente la presencia aquí de los Presidentes de las Comunidades autónomas, así como de las Autoridades civiles que han prestado su valiosa colaboración para la realización de los distintos actos de esta visita.

3. Los nuevos santos se presentan hoy ante nosotros como *verdaderos discípulos del Señor y testigos de su Resurrección*.

San Pedro Poveda, captando la importancia de la función social de la educación, realizó una importante tarea humanitaria y educativa entre los marginados y carentes de recursos. Fue maestro de oración, pedagogo de la vida cristiana y de las relaciones entre la fe y la ciencia, convencido de que los cristianos debían aportar valores y compromisos sustanciales para la construcción de un mundo más jus-

to y solidario. Culminó su existencia con la corona del martirio.

San José María Rubio vivió su sacerdocio, primero como diocesano y después como jesuita, con una entrega total al apostolado de la Palabra y de los sacramentos, dedicando largas horas al confesionario y dirigiendo numerosas tandas de ejercicios espirituales en las que formó a muchos cristianos que luego morirían mártires durante la persecución religiosa en España. «Hacer lo que Dios quiere y querer lo que Dios hace» era su lema.

4. *Santa Genoveva Torres* fue instrumento de la ternura de Dios hacia las personas solas y necesitadas de amor, de consuelo y de cuidados en su cuerpo y en su espíritu. La nota característica que impulsaba su espiritualidad era la adoración reparadora a la Eucaristía, fundamento desde el que desplegaba un apostolado lleno de humildad y sencillez, de abnegación y caridad.

Semejante amor y sensibilidad hacia los pobres llevó a *Santa Ángela de la Cruz* a fundar su «Compañía de la Cruz», con una dimensión caritativa y social a favor de los más necesitados y con un impacto enorme en la Iglesia y en la sociedad sevillanas de su época. Su nota distintiva era la naturalidad y la sencillez, buscando la santidad con un espíritu de mortificación, al servicio de Dios en los hermanos.

Santa Maravillas de Jesús vivió animada por una fe heroica, plasmada en la respuesta a una vocación austera, poniendo a Dios como centro de su existencia. Superadas las tristes circunstancias de la Guerra Civil española, realizó nuevas fundaciones de la Orden del Carmelo presididas por el espíritu característico de la reforma teresiana. Su vida contemplativa y la clausura del monasterio no le impidieron atender a las necesidades de las personas que trataba y a promover obras sociales y caritativas a su alrededor.

5. Los nuevos santos tienen rostros muy concretos y su historia es bien conocida. ¿Cuál es su mensaje? Sus obras, que admiramos y por las que damos gracias a Dios, no se deben a sus fuerzas o a la sabiduría humana, sino a la acción misteriosa del Espíritu Santo, que ha suscitado en ellos *una adhesión inquebrantable a Cristo crucificado y resucitado* y

el propósito de imitarlo. Queridos fieles católicos de España: ¡dejaos interpelar por estos maravillosos ejemplos!

Al dar gracias al Señor por tantos dones que ha derramado en España, os invito a pedir conmigo que en esta tierra sigan floreciendo nuevos santos. Surgirán otros frutos de santidad *si las comunidades eclesiales mantienen su fidelidad al Evangelio* que, según una venerable tradición, fue predicado desde los primeros tiempos del cristianismo y se ha conservado a través de los siglos.

Surgirán nuevos frutos de santidad *si la familia sabe permanecer unida*, como auténtico santuario del amor y de la vida. «La fe cristiana y católica constituye la identidad del pueblo español», dije cuando peregriné a Santiago de Compostela (*Discurso en Santiago*, 9.11.1982). Conocer y profundizar el pasado de un pueblo es afianzar y enriquecer su propia identidad. *¡No rompáis con vuestras raíces cristia-*

nas! Sólo así seréis capaces de aportar al mundo y a Europa la riqueza cultural de vuestra historia.

6. «Les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras» (Lc 24, 45). Cristo resucitado ilumina a los Apóstoles para que su anuncio pueda ser entendido y se transmita íntegro a todas las generaciones; para que el hombre, *oyendo, crea, creyendo, espere, y esperando, ame* (cf. san Agustín, *De catechizandis rudibus*, 4,8). Al predicar a Jesucristo resucitado, la Iglesia desea anunciar a todos los hombres un camino de esperanza y acompañarles al encuentro con Cristo.

Celebrando esta Eucaristía, invoco sobre todos vosotros el gran don de la fidelidad a vuestros compromisos cristianos. Que os lo conceda Dios Padre por la intercesión de la Santísima Virgen –venerada en España con tantas advocaciones– y de los nuevos santos.



FÓRMULA DE CANONIZACIÓN

EN HONOR DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, PARA EXALTACIÓN DE LA FE CATÓLICA Y CRECIMIENTO DE LA VIDA CRISTIANA, CON LA AUTORIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, DE LOS SANTOS APÓSTOLES PEDRO Y PABLO Y LA NUESTRA, DESPUÉS DE HABER REFLEXIONADO LARGAMENTE, INVOCADO MUCHAS VECES LA AYUDA DIVINA Y OÍDO EL PARECER DE NUMEROSOS HERMANOS EN EL EPISCOPADO, DECLARAMOS Y DEFINIMOS SANTOS A LOS BEATOS PEDRO POVEDA, JOSÉ MARÍA RUBIO, GENOVEVA TORRES, ÁNGELA DE LA CRUZ Y MARÍA MARAVILLAS DE JESÚS Y LOS INSCRIBIMOS EN EL CATÁLOGO DE LOS SANTOS, Y ESTABLECEMOS QUE EN TODA LA IGLESIA SEAN DEVOTAMENTE HONRADOS ENTRE LOS SANTOS.

EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO.

R. AMÉN.

«¡Hasta siempre, tierra de María!»

Palabras del Papa antes del Regina Cæli, tras la ceremonia de canonización (4 de mayo de 2003)

Al concluir esta celebración, en la que he canonizado a cinco nuevos santos, quiero dar gracias a Dios que me ha permitido realizar el quinto viaje apostólico a vuestra nación, tierra de fieles hijos de la Iglesia que ha dado tantos santos y misioneros. Mi primera visita tuvo como lema «*Testigo de la esperanza*»; y esta vez ha tenido «*Seréis mis testigos*». Recordad siempre que el distintivo de los cristianos es dar testimonio audaz y valiente de Jesucristo, muerto y resucitado por nuestra salvación.

Deseo reiterar mi agradecimiento a Sus Majestades los reyes de España y a la familia real aquí presente. Mi reconocimiento al Gobierno y autoridades de la nación por la ayuda ofrecida. Manifiesto mi particular gratitud al señor cardenal arzobispo de Madrid y a todos los demás obispos de España, por su invitación y acogida, así como a todos los que han prestado un generoso servicio antes y durante mi viaje.

Saludo, además, con gran afecto a los numerosos sacerdotes, religiosos y religiosas, a tantos jóvenes, familias, hombres y mujeres de buena voluntad. Me llevo el recuerdo de vuestros rostros esperanzados, que he encontrado estos días, y comprometidos con Jesucristo y su Evangelio. Sois depositarios de una rica herencia espiritual que debe ser capaz de dinamizar vuestra vitalidad cristiana, unida al gran amor a la Iglesia y al Sucesor de Pedro.

Con mis brazos abiertos os llevo a todos en mi corazón. El recuerdo de estos días se hará oración pidiendo para vosotros la paz en fraterna conviven-

cia, alentados por la esperanza cristiana que no defrauda. Y con gran afecto os digo, como en la primera vez, ¡Hasta siempre España! *¡Hasta siempre, tierra de María!*

[En un principio, estaba previsto que la intervención del Papa terminara aquí, según el texto que se había entregado a los periodistas. Juan Pablo II añadió las siguientes palabras, que llevaba escritas y que se recogieron en vivo.]

Aunque os haya costado sacrificio ha merecido la pena. La plaza de Colón se ha convertido en un gran templo para acoger la celebración que hemos rezado con devoción y se ha cantado con esmero.

Nos encontramos en el corazón de Madrid, cerca de grandes museos, bibliotecas y otros centros de cultura fundada en la fe cristiana que España, parte de Europa, ha sabido luego ofrecer a América con su organización y después en otras partes del mundo. El lugar evoca pues la vocación de los católicos españoles a ser constructores de Europa y solidarios con el resto del mundo.

España evangelizada. España evangelizadora. Ese es el camino. No descuidéis nunca esa misión que hizo noble a vuestro país en el pasado y en este momento intrépido para el futuro. Gracias a la juventud española que ayer vino tan numerosa para demostrar a la moderna sociedad que se puede ser moderno y profundamente fiel a Jesucristo. La juventud es la llama de esperanza para el futuro de España y de la Europa cristiana. El futuro les pertenece.



Santa Maravillas de Jesús: «¡Qué felicidad ser carmelita!»

Santa Maravillas de Jesús pasó los últimos años de su vida en el Carmelo de La Aldehuela, fundado por ella en 1961, y en el que murió, hace casi treinta años. Las hermanas que viven hoy en el convento, muchas de las cuales convivieron día a día con ella, nos ofrecen hoy la semblanza de una mujer que decía: «Para mí no hay nada mejor que ser carmelita descalza»

ESTAS líneas no tienen ningún valor literario. Tampoco la agudeza de quien sabe trazar, con pocas y certeras frases, un perfil espiritual y humano. Si algún interés encierra este humilde testimonio, es el que proviene de quien ha sido testigo directo de los hechos que narra. Sólo podemos contar, con toda sencillez, lo que hemos visto y oído, a lo largo de muchos años, en Santa Maravillas de Jesús, la que fue siempre Nuestra Madre para nosotras, sus hijas.

Dios la dotó con espléndidas cualidades naturales: una profunda inteligencia, que captaba las cosas con rapidez, llegando hasta lo más oculto de ellas; una gran capacidad para escuchar y atender, desde los asuntos más importantes hasta los más intrascendentes: todo le interesaba y se interesaba por todo; una voluntad firme y perseverante, que no descansaba hasta dejar solucionado el menor detalle. Era sumamente entrañable, pero en su trato no había ni zalamerías ni adulación. Nunca la vimos obrar con precipitación. Su ecuanimidad, su igualdad de carácter, su prudencia, su juicio sereno le daban una madurez humana excepcional.

Pero lo que más nos admiraba en ella era su humildad. Una humildad nada artificiosa, que se transparentaba en toda su persona. Una humildad, mejor aún, un vacío de sí, impresionante. Su mayor deseo fue siempre no ser nada, el que la tuvieran en poco, y hubiera gozado inmensamente si hubiera podido borrarse y pasar desapercibida, aunque por su cargo de priora esto no le fue posible. Escribió en una ocasión: «Necesito vivir olvidada, desconocida, despreciada, lo más cerca posible de su vida santísima. No tengo más que esta vida, y quisiera darle durante ella todo el dolor, toda la humillación que sea posible».

Por sus cartas y papeles de conciencia a sus directores espirituales, hemos conocido el bajísimo concepto que de sí tenía, y la sinceridad abrumadora con la que escribió que nunca podrían humillarla bastante. Emocionan estas líneas: «A mí nunca me ha concedido el Señor esta gracia de las humillacio-

nes, y, claro, se comprende por qué. Yo veo que, para humillarme a mí, se necesita más que para humillar a otra persona, porque cuando se es tan de veras nada, y mucho peor que nada, no resulta fácil la humillación. Muchas veces lo he pensado: ¿qué desacato se podría hacer a una hormiga?

Las alabanzas la hacían sufrir, y nosotras procurábamos no decir nunca delante de ella nada que sonase a elogio. En sus últimos años, ya la dejaban tan indiferente como si se hablase de otra persona. Este bajo concepto de sí era tan verdadero, que creía de corazón que eran otras hermanas quienes, por ejemplo, habían llevado todo el peso de sus fundaciones. Solía decir: «Siempre me están vistiendo con plumas ajenas»; o también: «Las hermanas lo hacen todo, y yo luego salgo a saludar».

Vienen a la memoria numerosos recuerdos, pero sólo uno podemos citar: durante la guerra civil, estando ella, su comunidad del Cerro y el padre Florencio del Niño Jesús, carmelita descalzo, refugiados en el Desierto de las Batuecas, en 1938, las hermanas notaban extrañadas que éste, que era siempre delicado y caritativo con todas, se mostraba bastante displicente con la Madre. Sólo muchos años después, hemos podido conocer la razón de la conducta del padre, por las cartas de conciencia que ella le dirigió. En una le pedía: «Que use la mayor severidad conmigo, que me humille, que me desprecie delante y detrás de las hermanas, que Dios se lo pague; ¡si paga un vaso de agua que se dé en su nombre, y yo tengo una sed que me abrasa de todo eso! Mucho le agradezco lo poquitín que me da, pero ¡es tan poco una gota de agua para quien tiene tanta sed!»

Paz y anchura de corazón

Dios quiso que fuese priora desde los treinta y cuatro años, y en medio de unas circunstancias difíciles. Con su gobierno hecho de caridad y mansedumbre, con su presencia continua en tantos pormenores y con su abnegación sin lími-

tes, realizó con perfección en sus Carmelos lo que quería nuestra santa madre Teresa que fueran sus palomarcicos: «Un cielo, si lo puede haber en la tierra».

Es fácil entender lo que tantas veces se ha afirmado de nuestra Madre Maravillas: que no necesitaba mandar para ser obedecida. Sus hijas, unánimemente, la amábamos como a una verdadera madre, y la venerábamos sabiendo que era una santa. Ella se desvivió siempre por cada una de la manera más pura y desinteresada. Nunca buscó ganarse un puesto en el corazón de nadie, sino sólo agradar al Señor, a su Cristo, como le gustaba decir. Por eso se le dio todo. La clave, la escribía ella misma en una ocasión, hablando de otra persona: «Cuanto más se busca el cariño de las criaturas, menos se encuentra, y en cuanto se da uno un poco a Dios, se tiene todo».

Tampoco necesitaba muchas palabras —y las que decía eran sencillísimas y sin relieve— para infundir en el alma paz y anchura de corazón. Tenían estas palabras una fuerza tal, que no pocas veces cambiaban por completo a quienes hablaban con ella. Cuando debía reprender alguna falta, le bastaba con decir, con acento de inmensa tristeza: «Hija, me da mucha pena, por el Señor». Pero nunca nos dejaba tristes: «Aunque caiga, levántese enseguida, pida perdón al Señor y acuda a sus méritos, que Él quita el pecado del mundo, y a empezar de nuevo. Si Él no se hubiese levantado cuando cayó con la cruz, ¿qué hubiese sido de nosotros?»

Era la suya una paz imperturbable, porque se apoyaba en la roca de la voluntad de Dios. Si las cosas salían bien, enseguida brotaba desde el fondo de su corazón el agradecimiento: «¡Cómo es el Señor y cómo tiene Él cuidado de todo, si nosotros lo tenemos de servirle!»; si no resultaban como ella esperaba: «¿Para qué lo vamos a querer nosotros, si Dios no lo quiere?»; cuando alguna circunstancia le hacía sufrir —y pasó por trances verdaderamente dramáticos—: «Pensar que los trabajos de esta vida nos harán más conocer y más amar a Dios para siempre, siempre, siempre. Bendita cruz...»; si no sabía cómo

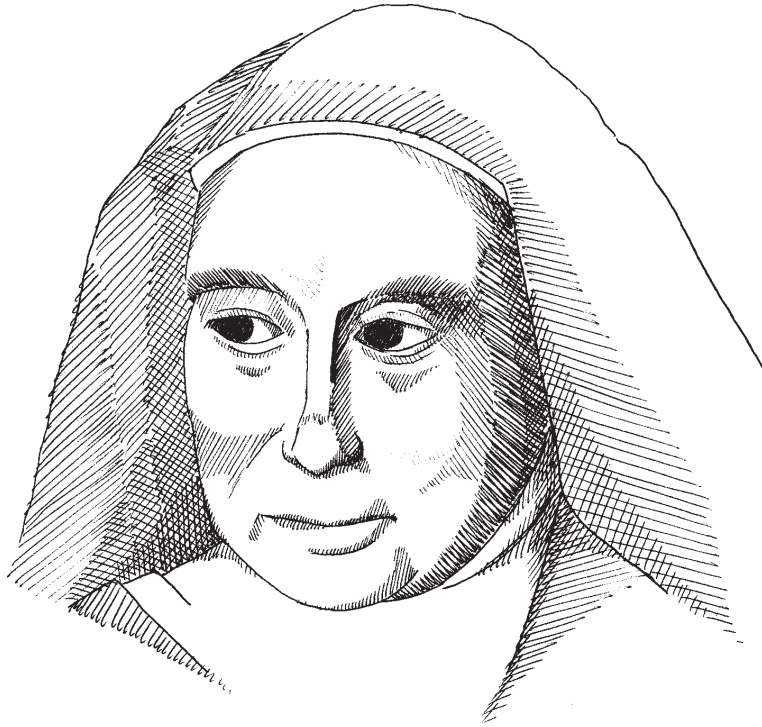
resolver los contratiempos: «Las obras de Dios tienen que llevar su sello, que es el de la cruz, y cuando Él lo quiera, todas las dificultades, por grandes que sean, se desharán como la espuma». La voluntad divina fue el centro de su vida; y complacerle, su mayor deseo. Cuando entendía que algo era su voluntad, no había nada ni nadie que fuera capaz de frenarla, y se empeñaba en ello con una constancia y entusiasmo que vencía todas las dificultades. «Cuando el Señor da luz, por mucho que cueste, es fácil,

con su gracia, cumplir lo que sea; pero lo peor y lo que más hace sufrir es cuando no se sabe». Así, siempre, a través de sus cincuenta y cinco años de vida de carmelita.

Su ejemplo y su persona, que tenía algo que irradiaba a Dios, nos arrastraba y nos comunicaba fortaleza, alegría y deseos de ser mejores. Su espíritu se cernía sobre todos los sucesos de la tierra, y éstos nunca la hicieron perder aquella serenidad y felicidad más divinas

que humanas. Cientos y cientos de veces lo hemos escuchado de sus labios, con un tono radiante: «¡La verdad es que somos felices!»; «¡Qué felicidad ser toda del Señor!»; o: «Para mí no hay nada mejor que ser carmelita descalza»; y a las hermanas recién entradas en el convento: «Ya verá, hija mía, cómo cada vez será más feliz. Yo llevo en el Carmelo treinta —o cuarenta, o cincuenta— años, y, cada día, aumenta esta felicidad».

¡Cómo le llenaba aquello de: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser!» Este amor la consumía. De él brotaban, incontenibles, todas las virtudes que veíamos en ella. Este amor fue la única razón de su vida, diríamos su única obsesión: «Quisiera no ocuparme sino sólo del Señor, a quien quisiera tanto amar, que a veces este deseo es el mejor de los martirios». En sus cartas, en sus exhortaciones, en sus conversaciones, nos repetía que lo único importante y la fuente de la verdadera felicidad era crecer en el amor de Dios, agradarle y vivir pendientes de su voluntad: «¡Qué felices somos, queriendo tan de verdad lo que Él quiere, y no ocupándonos más que de amarle y de



decirle a todo que sí!»; «La que más consuele a nuestro Cristo será la más feliz»; «La mayor felicidad de la tierra, que nada nos puede quitar, consiste en unirse a Dios y cumplir su voluntad, amándole y sirviéndole». Desde muy pequeña, se sintió irresistiblemente atraída hacia Él, y comprendió que a nadie más podía entregar su corazón.

Ella no quiso la vida, «sino para imitar lo más posible la de Cristo», y nos decía que para eso habíamos venido al convento: «Hay que buscar a Cristo, su imitación; la vida de Cristo no es de consuelo, sino de cruz, aunque en su misericordiosísimo amor nos llene luego de la felicidad de servirle». El amor a Dios fue, realmente, su única ocupación en la tierra. Las palabras de san Juan de Ávila: «¿Qué otra cosa tienes tú que hacer en la tierra sino tratar de amores con el Rey del cielo?», le entusiasmaban; y también aquellas otras de nuestro padre san Juan de la Cruz: «Ámele mucho, que se lo debe».

Desbordamiento de amor

COMO un desbordamiento de este amor nacía su amor al prójimo, que no conocía límites. Primero, hacia los más cercanos: las monjas, sus familias y las personas que trabajaban en los conventos. No había necesidad de la que tuviese conocimiento que no procurase remediar. Cuando nosotras, medio en broma, le decíamos que no podía socorrer a todo el mundo, ella invariablemente contestaba: «A todo el mundo no, pero sí a quien pase a nuestro lado». Y ahí ha quedado esa espléndida obra social suya: colegios, viviendas, iglesias, clínica para monjas de clausura, ayuda a monasterios necesitados, sacerdotes, seminaristas... De sus escritos, entre muchas otras, son estas frases: «Me pareció entender quería el Señor fuese muy delicada en la caridad y me consagrarse toda a ella»; «Me costaba empezar a ocuparme de las cosas de la vida, pero por otra parte sentía como necesidad de ejercitar la caridad, aunque sea en pequeñeces, para probarle a Él el amor, y en hacer, aun en estas cosas exteriores que tanto cansan, lo que pueda ser agradable a las hermanas»; «Hoy en la oración todo me parecía me hablaba del amor y el poder del Señor como obras tuyas, y por este mismo motivo me parecía amaba yo más tiernamente que nunca a mis hermanas».

De esta ternura con la que amaba a sus hijas podríamos contar innumerables episodios, pero no sabríamos qué escoger. Las hermanas enfermas o delicadas hablarían de la extraordinaria caridad que con

ellas derrochaba, procurando aliviarlas con todos los medios a su alcance, y sin escatimar gastos ni sacrificios. En sus últimos años de La Aldehuela, a pesar de ser ya muy anciana, a veces entraba en sus celdas, antes de que la comunidad se levantase, para interesarse por ellas. Incluso no era extraño verla aparecer a altas horas de la madrugada con una taza de tila caliente o una manta. Las hermanas encargadas de la cocina contarían cómo velaba por las monjas, recomendándoles que, dentro de nuestra pobreza, la comida estuviese bien condimentada, para poder llevar bien la observancia. Y todas recordaríamos con qué atención nos escuchaba, con qué cariño preguntaba por nuestras familias y sus problemas, con qué interés seguía nuestros trabajos, siempre ponderando, alentando y animando. En fin, sería no acabar. Comprendíamos que el amor de Dios en ella tenía que ser extraordinario. Era justamente lo que expresa la santa Madre Teresa en las Quintas Moradas: «Mientras más en el amor del prójimo os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene que, en pago del que tenemos al prójimo, hará que crezca el que tenemos a Su Majestad».

Han pasado poco más de veintiocho años desde aquella tarde del 11 de diciembre de 1974 en que nuestra Madre dejó este destierro, con las manos repletas de buenas obras y el alma rebosando de gozo: «¿Que me voy al cielo? ¡Qué alegría! —exclamó— ¿Cómo no me lo han dicho antes?» De las veintuna monjas que componíamos entonces la comunidad y fuimos testigos excepcionales de sus últimos momentos, once estamos viviendo estos acontecimientos, preludio de su canonización. Parece que fue ayer. Todas éramos conscientes de que asistíamos a la muerte de una santa. Los fenómenos extraordinarios ocurridos a las pocas horas de su fallecimiento, las innumerables gracias que Dios comenzó a conceder por su intercesión, el aumento de su devoción entre gentes de todo el mundo, que se extendió rápidamente, como la pólvora, más que sorprendernos, vinieron a confirmar la convicción de que nuestra Madre Maravillas —aunque nunca imaginamos que en tan pocos años—, sería algún día elevada a los altares.

Ella ya no es sólo para nosotras. El perfume de nardos que exhaló su cuerpo, llenando el Carmelo de La Aldehuela, ahora embalsama misteriosamente la Iglesia. Ahí está ella, más que nunca, sembrando alegrías en todos los rincones, y por eso el mundo no puede dejar de sentir ese aroma de santidad y consuelo que irradia.

Historia de la causa de canonización de la beata Maravillas de Jesús

SIMEÓN DE LA SAGRADA FAMILIA, O.C.D.
Postulador de la Causa

El día 11 de diciembre de 1974, a las 4.20 de la tarde, moría en su Carmelo de La Aldehuela, con gran fama de santidad, la madre Maravillas de Jesús. Fueron catorce los años pasados en este lugar, a las afueras de Madrid. Había concluido su carrera en este mundo. Bien se le podían aplicar las palabras del Apóstol: «He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta». Con su muerte, parecía que iba a cumplirse ¡por fin! uno de sus mayores deseos: desaparecer, no ser nadie, que se perdiera para siempre su memoria... Pero es ahora cuando sonaba la hora de Dios. Durante la tarde del día 11 y la mañana del 12 de diciembre, muchas personas, al conocer la noticia, llegaron hasta La Aldehuela, atraídas por la fama de santidad de que gozaba la Madre; y, en la iglesia, pasaron por delante de la reja del coro bajo de las monjas, donde estaba expuesto el cadáver, orando con fervor.

El cadáver estaba flexible. Además, al mediodía, las dos hermanas enfermeras, que se encontraban rezando junto a sus restos mortales, percibieron un intensísimo olor a nardos. Entre las flores sólo había claveles y gladiolos. Una de ellas levantó la manga del hábito de la Madre, y las dos comprobaron, emocionadas, que el olor provenía de su cuerpo. El entierro, que debía haberse efectuado la tarde del día 12, hubo de suspenderse, pues, ante estos signos extraordinarios, el médico que certificó la defunción reclamó la presencia de un forense.

Al día siguiente, 13 de diciembre, los doctores pudieron comprobar de nuevo, después de un reconocimiento detenido, que la flexibilidad del cuerpo era mayor que la víspera. El mismo forense fue el primero en pedir una reliquia de la Madre: «Por favor –dijo–, ¿me pueden dar un hilito de su hábito?».

El vicario de religiosas, después del funeral, dispuso por breve tiempo la ley de la clausura, en nombre del cardenal de Madrid-Alcalá, don Vicente Enrique y Tarancón, y permitió a los presentes que pasaran al coro del convento. Casi tres cuartos de hora duró el desfile, en el que personas de todas las clases sociales, hombres, mujeres y niños, con profundo fervor y emoción, pudieron comprobar las señales extraordinarias que habían certificado los médicos. Y aquí mismo comenzó Dios a conceder gracias espirituales y materiales por intercesión de su humilde sierva.

Quedó enterrada en el cementerio del Carmelo de La Aldehuela, situado en un extremo de la huerta. Pero en 1981, ante la demanda de innumerables fieles, sus restos mortales hubieron de pasar a la iglesia del Carmelo, donde permanecen actualmente. Poco des-

pués de la muerte de la Madre, se publicó su Carta de edificación, una breve reseña biográfica que se acostumbra a hacer en el Carmelo al fallecer una religiosa, para ser distribuida en la Orden. Esta carta, de la que suelen hacerse unos setecientos ejemplares, tuvo tal expansión que fue necesario imprimir 35.000 en castellano, para satisfacer los deseos de innumerables sacerdotes, religiosos y personas de diversa condición. Inmediatamente fue traducida al inglés, francés, alemán e italiano. En el mismo torno del convento de La Aldehuela comenzaron a repartirse trocitos de tela usada por la Madre, que los fieles pedían insistentemente. Y empezaron a llegar multitud de cartas, solicitando más información sobre tan santa carmelita, agradeciendo favores atribuidos a su intercesión o encomendándose a ella para conseguir gracias de toda índole.

Las carmelitas descalzas de La Aldehuela, aconsejadas por sus superiores, en enero de 1975 prepararon las diligencias para el inicio del proceso de canonización. Según las normas vigentes aún en 1975, las cartas postulatorias eran un elemento importante para conocer la fama de santidad de una determinada persona, y el interés que había en el pueblo cristiano por promover el camino de su glorificación en la Iglesia. En el caso de la Madre Maravillas, fueron unas 2.600 las cartas postulatorias dirigidas a Su Santidad el papa Pablo VI y presentadas a la Congregación para las Causas de los Santos. Son cartas y peticiones que provienen de los cinco continentes, y de todos los estados sociales y religiosos. Muchas de ellas están escritas en nombre de congregaciones religiosas, diócesis o seminarios. El General de los carmelitas descalzos, el padre Finian Monahan de la Reina del Carmelo, el 15 de octubre de 1975, solemnidad de santa Teresa de Jesús, escribió una emocionada carta postulatoria en que presentaba un hermoso y elocuente retrato de la Madre Maravillas, y pedía, en nombre de la Orden, la pronta introducción de su causa.

La devoción a la Madre iba en aumento. Se habilitaron en los conventos del Cerro de los Ángeles y de La Aldehuela unas oficinas para atender a sus cada vez más numerosos devotos. Las gracias conseguidas por su mediación fueron cuidadosamente conservadas, y hoy en día son decenas de miles las archivadas. Teniendo en cuenta que se trata de una monja contemplativa, sorprende cómo la fama de santidad se haya difundido tanto y tan rápidamente.

En junio de 1980, la Congregación de los Santos concedía el *nihil obstat* para la introducción de la cau-

sa. En el momento del inicio del proceso habían pasado solamente poco más de cinco años de su muerte. El 8 de julio de 1980, el señor arzobispo de Madrid-Alcalá firmaba el tan deseado decreto de introducción de la causa, del cual se dio lectura pública el 4 de octubre del mismo año en la iglesia de las carmelitas descalzas de La Aldehuela. Este decreto significaba que, tras el estudio detenido de los muchos documentos presentados a la Santa Sede por la archidiócesis de Madrid-Alcalá, a petición de la Orden carmelitana, sobre la vida, escritos, fama de santidad y virtudes de la Sierva de Dios, la Santa Sede, por medio de la Congregación de los Santos, asumía esta causa de manera oficial y ordenaba que se abriera un Proceso, es decir, una investigación histórica y teológica para conocer más a fondo su vida, sus virtudes, su fama de santidad, su muerte y los favores que se venían atribuyendo a su intercesión. Todo, con miras a la glorificación eclesial de la Madre por medio de su beatificación y canonización.

Entre el 22 de enero de 1981 y el 18 de marzo de 1983, cincuenta y nueve testigos prestaron declaración. Las actas del proceso ocupan doce gruesos volúmenes. Con esta documentación se fue preparando el informe amplio sobre la vida y virtudes de la Madre, para probar su santidad. Fue una labor ingente, que, finalmente, se presentó concluida en Roma el 3 de diciembre de 1993. Como conclusión, el 17 de diciembre de 1996, en presencia de Su Santidad Juan Pablo II, fue proclamado el decreto de virtudes heroicas de la Madre Maravillas, que a partir de entonces recibía el apelativo de venerable.

El reconocimiento de las virtudes en grado heroico es condición indispensable para que el proceso de un Siervo de Dios pueda proseguir su camino hacia la glorificación. Sin esta declaración por parte de la Iglesia, no puede ser estudiado ningún milagro. En el caso de la venerable Madre Maravillas, tras el decreto de virtudes heroicas, se investigó un presunto milagro atribuido a su intercesión y ocurrido el 11 de septiembre de 1976 en Salamanca: la joven Alfonsa García Blázquez, de veintidós años, que sufría una irreversible «agranulocitosis aguda con complicación hepatorenal, shock séptico y peritonitis», fue curada milagrosa e instantáneamente por intercesión de la Madre Maravillas, cuando, según la opinión de los médicos, le quedaban pocas horas de vida.

El 18 de diciembre de 1997, ante el santo padre se promulgaba el decreto del milagro. Quedaba abierto el camino para su beatificación. Ésta fue fijada para el 10 de mayo de 1998, V Domingo de Pascua, en la plaza de San Pedro. Más de 20.000 españoles llegaron desde todos los rincones de la península, con sus obispos, para asistir a la beatificación de la Madre Maravillas, de otras diez religiosas españolas mártires de la guerra civil de 1936 –entre ellas otra carmelita descalza, la Madre María Sagrario de San Luis Gonzaga. Juan Pablo II, hablando de la Madre Maravillas en la audiencia concedida a los peregrinos el 11

de mayo, señaló que «su vida es modelo de consagración religiosa y ejemplo a seguir por todos los cristianos, llamados a reconocer la primacía de Dios, en el que todas las cosas encuentran su verdadero fundamento y significado. Frente a la tentación de una vida fácil y superficial, la Madre Maravillas supo mostrar el profundo atractivo de lo esencial».

Sólo dos meses habían transcurrido desde su elevación a los altares, cuando Dios realizó por su medio un extraordinario milagro, como queriendo acelerar, por caminos providenciales, el tiempo de su suprema glorificación para edificación de toda la Iglesia. Entre los días 19 y 20 de julio de 1998, en la pequeña ciudad de Nogoyá (Argentina), se producía la curación rápida, completa y duradera, sin secuelas neurológicas, del pequeño Manuel Vilar, de dieciocho meses, que sufrió ahogamiento en una piscina de agua estancada y fangosa, con prolongado paro cardio-respiratorio y coma profundo. Su madre, que tenía una profunda devoción a la Madre Maravillas, la invocó con extraordinaria confianza, y el pequeño Manuel se recuperó instantánea e inexplicablemente. El proceso sobre este milagro se llevó a cabo en la diócesis de Paraná (Argentina). El 10 de mayo de 2001, los cinco médicos de la Consulta médica de la Congregación de los Santos aprobaron por unanimidad la inexplicabilidad de la curación de Manuel. En los numerosos tribunales que, como cualquier otra, esta Causa de canonización ha tenido que superar, el voto de sus miembros –de las Consultas médicas, de las Reuniones de teólogos, cardenales y obispos– ha sido siempre unánimemente afirmativo; se llegó a afirmar con admiración que la Madre era una de las figuras más grandiosas que habían pasado por la Congregación de los Santos en los últimos años.

El 23 de abril de 2003 fue proclamado el Decreto del milagro. Faltaba aún determinar si era oportuno presentar a la Madre Maravillas a la veneración de todos los fieles y como modelo de vida cristiana para la Iglesia de nuestros días. Y eso es lo que hizo Juan Pablo II en el Consistorio Público Ordinario del pasado 7 de marzo, ante más de 70, entre cardenales, arzobispos y obispos. El Santo Padre decidió inscribir en el Catálogo de los Santos a esta carmelita descalza, confirmando así, en nombre de toda la Iglesia, que su vida, su obra y sus virtudes son un ejemplo válido a seguir por los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Recorriendo ahora mentalmente los veintiocho años y cuatro meses que ha durado el camino de este Proceso de canonización, no puedo menos de detener la vista en algunos hitos concretos del mismo, dolorosos unos, gozosos otros, y concluir dando incesantes gracias a Dios que, en tan corto espacio de tiempo y de una forma contundente y manifiesta, ha querido glorificar a esta humilde carmelita descalza, hija excelsa de santa Teresa de Jesús, que en breve vendrá a engrosar la gloriosa historia de los hombres y mujeres canonizados de la Iglesia de España, de Madrid y del Carmelo teresiano.

José María Rubio, S.J.: el apóstol de Madrid

PETER HANS KOLVENBACH, S.J.
Prepósito General
de la Compañía de Jesús

APENAS veinte años después de su muerte, en 1948, el patriarca-obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo Garay, calificó al padre José María Rubio como el apóstol de Madrid, y comentaba que tanto la diócesis como la Compañía de Jesús se podían sentir orgullosas de considerarlo como propio. Su ministerio sacerdotal lo ejerció casi siempre en Madrid; la mitad del tiempo como sacerdote de la diócesis (1887-1906) y la otra mitad como jesuita (1911-1929). Una feliz providencia va a permitir que sea en Madrid donde Su Santidad Juan Pablo II lo canonicé.

Vivió en Madrid, pero había nacido en Andalucía (en Dalías, de la provincia de Almería), el 22 de julio de 1864, de una familia numerosa: eran trece hermanos. Estudió teología en el seminario de Granada, donde conoció a los jesuitas. Desde entonces sintió

la llamada a entrar en la Compañía. Un deseo que no pudo realizar, por deferencia a su protector, el canónigo don Joaquín Torres, hasta la muerte de éste. Se ordenó sacerdote en Madrid y celebró su primera misa el 12 de octubre de 1887, en la colegiata de San Isidro, en el altar donde san Luis Gonzaga sintió su vocación a la Compañía. Sus primeras experiencias sacerdotales las realizó en Chinchón como coadjutor, y más tarde de párroco en Estremera.

Pero, ¿dónde está la clave de la santidad de este jesuita de temperamento retraído, serio y hasta tímido, que, ya en su vida, tenía fama de santo, a quien

la gente le atribuía dones sobrenaturales extraordinarios de curaciones, profecías, e incluso de bilocación, y que para confesarse con él había que hacer hasta dos y tres horas de cola?

San Ignacio, en las Constituciones de la Compañía, inculca a los jesuitas «que los medios que juntan al apóstol con Dios son más eficaces que aque-

llos que le disponen para con los hombres». El padre Rubio personifica esa profunda convicción ignaciana; hizo más caudal de las cosas espirituales que de otras habilidades; careció de las brillantes cualidades humanas de otros compañeros jesuitas de la misma comunidad de la calle de la Flor de Madrid, pero sus sermones, sencillos y sin retórica, cautivaban a la gente y movían a la muchedumbre.

Los medios que juntan más con Dios fueron para el padre Ru-

bio una intimidad y una presencia casi continua del Señor: «Vivir como lámpara encendida», solía decir. Esta experiencia le impulsó a hacerse disponible para cualquier mandato de sus superiores, y aceptar las situaciones y contratiempos como venidos de la mano del Señor. «Hacer lo que Dios quiere, querer lo que Dios hace»: ésta era una de sus frases preferidas. No le faltaron las dificultades y las incomprendiones, la cruz de cada día, pero las acogía como una oportunidad para juntarse más con Dios. Este deseo gozoso de no buscar más que cumplir la santísima voluntad de Dios lo aprendió en las



largas horas ante el sagrario, en las que contemplaba a Jesús, que en la Eucaristía se hace ofrenda al Padre para la vida del mundo. En realidad, el padre Rubio hizo de su propia vida una pasión eucarística, en el don y en el abandono de sí mismo. Entendió bien que no es posible la unión con Dios, ni la comunión con los hombres, sin la Eucaristía, que hace realidad en nuestro mundo el misterio de la entrega de Jesús. En el fondo de la inmensa actividad apostólica y caritativa del padre Rubio, se deja sentir su ansia de Eucaristía, y esta experiencia eucarística le llevaba a servir a sus hermanos.

No es extraño, pues, que una de las cosas que más impresionó a los que le trataron fuese la imagen que transmitía de un hombre que no se pertenece, porque se ha hecho don para los demás, y a quien nada pertenece, porque todo lo que tiene es para los demás. Es significativo, a este respecto, lo que se cuenta de su época de coadjutor y párroco: siempre tenía poco dinero, pero el que tenía estaba sobre la mesa; era un hombre sin llaves y con el baúl siempre abierto. Pobre y amante de los pobres, de los enfermos, de los afligidos por cualquier clase de sufrimiento, a todos dedicó su tiempo y sus energías, pero sobre todo su afecto y su predilección. Ellos se sintieron buscados, servidos, queridos uno a uno, por quien siente que su vida y su persona les pertenecen. El lugar preferido para su actividad fueron los barrios periféricos de Madrid y algunos pueblos pobres de la provincia. Entre ellos, los barrios de La Ventilla y Usera, en los que fundó escuelas, construyó iglesias, y anunció la buena noticia de Jesús por calles y plazas en misiones populares, en medio de un ambiente hostil a todo lo que fuera religión. Acogía a todos por igual, y en cada persona descubría un hermano necesitado de perdón, de pan, de acogida, de consuelo.

A su confesionario se acude desde el centro aristocrático y desde las barriadas humildes. A todos hace experimentar que el Dios de Jesucristo es bondad y misericordia, acogida y perdón. «Esto se deja

a la misericordia de Dios», era su eslogan de confesor. Y él mismo se siente perdonado mientras perdona en nombre de Jesús: «Mientras se va lavando las manchas, también se va lavando las manos».

Difunde la devoción al Corazón de Jesús y el Apostolado de la Oración, dirige la Guardia de Honor y las Marías de los Sagrarios, y funda los Discípulos de San Juan. No se contenta simplemente con ofrecerles una sólida formación espiritual, sino que los lanza: «Hay que lanzarse», les decía, al apostolado. Así organizó grupos de hombres y mujeres que fueron sus colaboradores en los suburbios, hospitales y cárceles. Algunos de ellos hicieron posible proyectos como el de las escuelas de La Ventilla. De alguna manera se adelanta a su tiempo haciendo que «los laicos tomen parte activa y responsable en la misión de la Iglesia». Incluso concibió la idea, y dio los primeros pasos, para crear un grupo de mujeres laicas que buscaran la santidad en medio del mundo.

Su salud nunca fue buena, pero él seguía trabajando incansablemente, sin concederse un descanso.

Quince días antes de su muerte, los superiores deciden que debe retirarse al noviciado de Aranjuez, a la enfermería, a descansar. El padre Rubio presiente que se acerca su muerte, y se siente feliz de morir en una casa de formación, entre jóvenes jesuitas: «¡Cuánto me gustaría morir en esta casa!», dijo el mismo día de su muerte.

Un par de horas antes, sentado en un sillón, pide que le acerquen los dos cuadernos en que había escrito el misterio de su vida interior; y lentamente fue rompiendo hoja tras hoja: «Son misericordias del Señor y miserias mías. Así, roto, esto ya no puede escandalizar a nadie. Échelo después al fuego...», le dice al hermano que le acompañaba. Poco después: «...ahora me prepararé, y luego... me voy»; «Miremos a Jesús que avanza», fueron sus últimas palabras. Eran las seis de la tarde del 2 de mayo de 1929.

A las pocas horas, en Madrid se esparce la noticia y la gente comenta: ¡Ha muerto un santo!



Pedro Poveda, sacerdote, mártir y fundador

PEDRO Poveda Castroverde nació en Linares (Jaén) el día 3 de diciembre de 1874. Allí recibió el Bautismo en la parroquia de Santa María una semana después, y la Confirmación el 5 de abril de 1875. Fue el mayor de seis hermanos, hijos del matrimonio compuesto por don José y doña María. Su padre era químico en una sociedad minera y concejal del Ayuntamiento.

Desde muy niño sintió atracción por el sacerdocio y, apenas cumplidos los diez años, manifestó su deseo de estudiar en el Seminario de Jaén. Tras prolongada insistencia, lo consiguió al terminar el segundo curso de bachillerato, a condición de que hiciera a la vez los estudios eclesiásticos y los civiles. En 1893 obtuvo el título de bachiller. En esos años aprendió a mirar con caridad a los pobres de los suburbios y a los numerosos emigrantes que trabajaban en las minas.

Por dificultades económicas de la familia, a causa de la enfermedad del padre, en 1894 se trasladó al seminario de Guadix (Granada), donde le fue concedida una beca por el obispo de esta diócesis, el siervo de Dios Maximiano Fernández del Rincón. Allí terminó sus estudios y el 17 de abril de 1897, sábado santo, fue ordenado sacerdote en la capilla del obispado, donde celebró su primera Misa solemne el día 21.

El comienzo de su vida sacerdotal estuvo plenamente dedicado al servicio de la diócesis. Fue vicesecretario del obispo y secretario del Gobierno eclesiástico, profesor y director espiritual del seminario, impulsó las Conferencias de San Vicente de Paúl y la Obra de la Propagación de la Fe, y organi-

zó misiones y catequesis con los seminaristas. También se dedicó al estudio y en 1900 obtuvo el título de licenciado en Teología.

Desde 1902, a partir de la misión cuaresmal, predicada en colaboración con el capellán de la Ermita Nueva de las cuevas de Guadix, incorporó a sus actividades la de promover humana y cristianamente a estos habitantes, con paro, hambre, analfabetismo y

soledad, y comenzó a establecer relaciones entre la ciudad y la periferia. Con ayudas de entidades públicas y de particulares pudo construir las «Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús», pagar a los maestros, dar de comer a algunos niños y crear clases nocturnas y talleres para adultos, realizando una importante tarea humanitaria, educativa y de formación profesional y cristiana en este amplio sector de la población, marginado y carente de recursos. Guadix le reconoció esta importante tarea, nombrándolo «Hijo adoptivo predilecto» y dedicándole una calle de la localidad.

Ante las inevitables dificultades que también encontró, en 1905 se trasladó a Madrid con el deseo de hacer otra fundación para ni-

ños de la calle, que no fue posible. En 1906 fue nombrado canónigo de la basílica de Santa María de Covadonga (Asturias), donde permaneció siete años.

Atento siempre al entorno en que vivía por exigencia de su fe, se preocupó pronto por los peregrinos que se acercaban a la Virgen, y escribió libros para orientar su vida cristiana y su oración. En Covadonga, «mirando a la Santina», descubrió la llamada que en adelante daría sentido a su vida: la importancia de la función social de la educación y de que los maestros estuvieran bien preparados



profesionalmente, vivieran su fe de modo coherente y responsable, fueran solidarios y supieran cooperar. Tuvo la audacia de proponer un amplio plan de formación y coordinación del profesorado católico y, dispuesto siempre a «comenzar haciendo», desde 1911 fundó academias para estudiantes de Magisterio, centros pedagógicos y revistas, germen de la Institución Teresiana.

Para impulsar mejor estas fundaciones, que agrupaban a personas dedicadas a evangelizar en el mundo de la educación y de la cultura, en 1913 se trasladó a Jaén, donde fue canónigo de la catedral, se hizo maestro y trabajó como profesor del seminario y de las Escuelas normales. Allí conoció a la sierva de Dios María Josefa Segovia, su principal colaboradora, y después primera directora general de la Institución Teresiana.

El desarrollo de esta Obra, que se amplió con nuevas academias y centros pedagógicos en distintas provincias y, en 1914 en Madrid con la primera residencia universitaria femenina de España, favoreció que la Institución Teresiana fuera reconocida civilmente en 1917 en Jaén a tenor de la vigente Ley de Asociaciones, y obtuviera aprobación eclesiástica diocesana como asociación de seculares, según el código de Derecho canónico recién promulgado. Quedó constituida desde el principio como una institución laical compleja, con un núcleo plenamente comprometido en la entrega a Jesucristo y en la misión y diversas asociaciones cooperadoras. Se acogía a la titularidad de Teresa de Jesús, «doctora y santa», y proponía como estilo de vida el de los primeros cristianos.

Atento siempre a las necesidades de su entorno, en Jaén fue también decano de la Academia de Estudios Superiores, director espiritual del Centro Obrero, miembro de la Junta de Reclusos y Libertos, Vocal de la Junta Provincial de Beneficencia, y socio de la Asociación de la Prensa y de la Real Sociedad de Amigos del País. En 1912 se había inscrito en la Unión Apostólica de Sacerdotes Seculares, de carácter internacional, a la que perteneció siempre.

En 1921 fue nombrado capellán real, lo que le obligó a residir en Madrid. Allí recibió otras comisiones, como ser vocal de la Junta Central contra el Analfabetismo, y se dedicó también a consolidar la Institución Teresiana, que obtuvo aprobación pontificia en 1924 como «pía unión» (asociación de fieles), con las características de cristocentrismo, vivencia del Espíritu, marianismo y conciencia de ser Iglesia.

Don Pedro Poveda fue maestro de oración, pedagogo de la vida cristiana y de las relaciones entre la fe y la ciencia, y supo ofrecer su Institución para la formación integral de la mujer estudiosa. Estaba convencido de que los cristianos podían y debían apor-

tar, a la sociedad pluralista contemporánea, enfoques, valores y compromisos sustanciales para la construcción de un mundo más justo y solidario. Con este fin promovió la presencia de hombres y mujeres de fe en los sectores públicos y privados de la sociedad. Así, colaboró con la Acción Católica como Consejero de Padres de Familia y organizador de las Estudiantes Universitarias; fue uno de los fundadores, en 1929, de la «Federación de Amigos de la Enseñanza» (FAE); organizó Semanas pedagógicas y educativas, perteneció al consejo de redacción de la revista *Atenas*; promovió planes para la creación de escuelas en zonas rurales desfavorecidas y elaboró un proyecto de Universidad católica en España, como comenzaban a existir en algunos países europeos. Además, desde 1930 perteneció a la Hermandad del Refugio y Piedad, para atender a pobres, vagabundos y enfermos.

Entre 1931 y 1936 escribió abundantemente sobre «espíritu y ciencia», que definía como la «forma sustancial» de la Institución Teresiana. Aunque no formaba parte de los organismos directivos de la misma, continuó promoviendo su desarrollo en los distintos ámbitos de su misión, impulsó la relación con organizaciones internacionales y la presencia en nuevos países como Chile (1928) e Italia (1934).

En estos años difíciles de persecución a la Iglesia en España, instó continuamente a la no violencia. Decía: «la mansedumbre, la afabilidad, la dulzura son las virtudes que conquistan al mundo». A la vez, su deseo de vivir la fe hasta la entrega de la propia vida si fuese necesario, manifestado en algunas ocasiones, había llegado a constituir en él una verdadera espiritualidad martirial. El 27 de julio de 1936, cuando acababa de celebrar la Eucaristía, fue detenido en su casa de la calle de La Alameda de Madrid. No ocultó su identidad ante quienes fueron a buscarlo: «Soy sacerdote de Jesucristo». Unas horas después, al ser separado de su hermano, que le había acompañado, le dijo: «Serenidad, Carlos, se ve que el Señor, que me ha querido fundador, me quiere también mártir». A la mañana siguiente una profesora y una joven doctora de la Institución Teresiana encontraron su cadáver junto a la capilla del cementerio de La Almudena, con signos de haber recibido disparos de bala. Sobre su pecho aparecía, atravesado, el escapulario de la Virgen del Carmen. Tenía sesenta y un años de edad. Trasladaron su cadáver a la sacramental de San Lorenzo, donde recibió sepultura el día 29.

Fue beatificado por el papa Juan Pablo II en Roma el día 10 de octubre de 1993 por sus virtudes y su martirio. Sus reliquias se encuentran en la Casa de Espiritualidad de Santa María de Los Negrales (Madrid) y su memoria litúrgica se viene celebrando el día 28 de julio.

Santa Genoveva Torres, «ángel de la soledad»

GENOVEVA Torres Morales nació en Almenara (Castellón) el día 3 de enero de 1870, la más pequeña en una familia de labradores de seis hijos, dos niños y cuatro niñas. Fue bautizada al día siguiente. El padre, José, murió cuando ella tenía un año y la madre, Vicenta, cuando tenía ocho años. En el transcurso de seis años, ella, su madre y un hermano, vieron cómo morían los otros cuatro hermanos.

Estas experiencias tan tempranas de dolor marcarían su vida desde el principio, pero no por eso perdió su carácter alegre sino que iba forjándose desde bien pronto en la virtud de la reciedumbre. Se quedó con su hermano mayor, de dieciocho años, y ella tuvo que hacer desde niña de «ama de casa». Empezó realizando los oficios caseros: preparar la comida, lavar y planchar la ropa, hacer la limpieza, atender a su hermano cuando venía del campo. Todo esto hizo que Genoveva madurara mucho su personalidad en poco tiempo, siendo pronto muy responsable y reflexiva como una adulta prematura.

No pudo asistir muchos años a la escuela pero no dejó de acudir a la catequesis parroquial. Fue confirmada en 1877. Para hacer la primera comunión, sin poder tener su traje y sin darle importancia alguna a lo exterior, se confesó, se puso en la fila de las personas que iban a comulgar y en la sencillez de su corazón recibió al Señor. Ya ahí le nació su profundo amor a la Eucaristía.

Ella y su hermano pasaron verdadera estrechez económica. A sus diez años le entraron unas ganas enormes de leer libros, sobre todo si eran espirituales, de los que había dejado su madre en casa. En uno de ellos leyó que había que hacer siempre la

voluntad de Dios, pues para eso estamos en este mundo. Y esta máxima se le quedó grabada para toda su vida.

El trabajo, la mala alimentación y los escasos cuidados le acarrearón un tumor maligno en la pierna izquierda y, al presentarse la gangrena, tuvo que serle amputada cuando tenía tan sólo trece años. Fue operada en su misma casa, sobre la mesa de la cocina, con métodos casi rudimentarios, pues hasta se rompió el aparato para evitar la hemorragia. Tuvieron

que atarle la pierna por el muslo, pero en forma tan deficiente que sería causa de dolores durante toda su vida. Todos esperaban ya su muerte pero se repuso y volvió a las tareas domésticas con la ayuda de dos muletas, ya siempre compañeras inseparables.

Por circunstancias familiares fue internada en el orfanato «Casa de la Misericordia» de Valencia, donde pasó nueve años. Sentía una especial devoción a la Eucaristía y al Sagrado Corazón de Je-

sús, a la Virgen María y a los Santos Ángeles. Ayudada por el capellán del centro, don Carlos Ferris, más adelante jesuita, allí progresó en su experiencia espiritual profunda que le llevó a pedir su entrada en las Carmelitas de la Caridad, que regentaban la casa. Las veía y le parecían «ángeles». Pero no fue admitida por causa de su minusvalía. Desde ese momento no cesó en buscar cuál era la voluntad de Dios sobre ella.

Se fijó en un acuciante problema que aquejaba a muchas mujeres en los comienzos del siglo xx: la soledad. Por distintos motivos familiares quedaban abandonadas. Ella, que estaba abierta a ver en los acontecimientos la mano de Dios, captó esta necesidad y empezó el embrión de lo que sería el futuro instituto religioso. Comenzó con dos compañeras,



difíciles de carácter, a recoger en la casa a distintas personas necesitadas. Con su paciencia y caridad Genoveva pudo soportar aquella situación, viviendo de su trabajo de costura y bordado. Enseguida se les quedó pequeña la casa y tuvieron que ir buscando hogares más amplios pues la necesidad era más grande de lo que a primera vista podría parecer. Genoveva pensó entonces especialmente en promover la vela de la adoración eucarística nocturna.

Desde su salida de la «Casa de Misericordia» en 1894 hasta 1911, su vida podría compararse con la peregrinación por el desierto en busca de la voluntad de Dios. «Me puse en las manos de Dios para cuanto pudiera querer de mí con voluntad firme de no resistirme en nada de cuanto de mí exigiera, costara lo que costara». El día 2 de febrero de 1911 en Valencia, con la indicación del canónigo José Barbarrós sobre unas señoras y señoritas solas y cargadas de sufrimiento, y con la consulta al padre Martín Sánchez, S.I., que le dio su aprobación personal, fundó la primera «Casa Hogar», constituyendo la Sociedad Angélica que daría origen al instituto de Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles con el carisma y misión de «aliviar la soledad de las personas que, por diferentes circunstancias, viven solas y necesitadas de cariño, de consuelo, de amor y de cuidados en su cuerpo y en su espíritu». Genoveva fue nombrada directora. Así, remediaba un problema social: amparar la soledad. Pero sus fundaciones no serían sólo «casas» sino también «hogares», para que las personas que vinieran amueblaran la habitación a su gusto con el fin de que su desarraigo fuera menor, ya que podían llevar consigo las cosas de mayor afecto personal.

La sociedad fue erigida como «pía unión» en 1912 y el primer reglamento data de 1914. En ese mismo año fundó otra casa en Zaragoza, en la calle del Pilar, aconsejándose del padre Martín Sánchez, S.I.; en 1914 en Madrid y, poco a poco, en Bilbao, Barcelona, Santander y Pamplona. En 1925 la Pía Unión fue reconocida en Zaragoza como Instituto religioso de derecho diocesano por el arzobispo Doménech y emitieron ante él sus votos la Madre Genoveva, nombrada superiora general, y otras dieciocho religiosas. El decreto de aprobación como instituto religioso de derecho pontificio sería dado por Pío XII en 1953.

En tiempos de la república y de la guerra civil,

algunas de las casas tuvieron que padecer la persecución religiosa, quedando la mayoría devastadas, mientras que la Madre Genoveva infundía paz y esperanza en todas sus Hermanas. En las casas de Zaragoza y Valencia se pudo dar protección a otras personas, miembros de institutos religiosos y seculares, puesto que la Madre Genoveva tenía un corazón abierto para todas las personas y actividades de la Iglesia, con un espíritu de servicio asombroso. Fue reelegida superiora general en los capítulos de 1935, 1941 y 1947. Retirada de su cargo en 1954, supo convertirse en religiosa siempre obediente a la nueva madre general.

Todas las casas empezaban por el sagrario, «porque estando Jesús en casa nada temo» y de esta forma imprimió en sus religiosas una nota característica de su espiritualidad: la adoración-reparación a la Eucaristía. Desde ese fundamento las Angélicas desplegarían su apostolado con las tres notas que la Madre Genoveva dejó plasmadas en sus constituciones: espíritu de humildad y sencillez que busca sólo a Dios en todas las cosas, espíritu de obediencia con la abnegación del propio juicio a la voluntad de Dios en las disposiciones de los superiores y espíritu de caridad, que engendra en las Hermanas el ardor apostólico por la gloria de Dios y la salvación de las almas. La palabra más repetida en sus escritos es «amor»: «Que sólo el amor me impulse a obrar». «Que tu puro amor mueva todas mis acciones». «Nada es pesado para el que ama». «Dios merece ser servido con fidelidad y amor». «El amor nunca dice basta».

A finales de 1955 su salud había decaído considerablemente. El 30 de diciembre tuvo un ataque de apoplejía y recibió los últimos sacramentos. Todavía pudo comulgar en la madrugada del 4 de enero de 1956 y en esa mañana entró en coma. A los ochenta y seis años de edad, el 5 de enero de 1956 falleció en Zaragoza. El pueblo comenzó a llamarla «Ángel de la soledad» y así sigue reconociéndola.

El Instituto de Hermanas, llamadas comúnmente «angélicas», está extendido por España, Italia, México y Venezuela. Además trabajan apostólicamente en catequesis, casas de Ejercicios, guarderías, y en la evangelización en parroquias y escuelas.

Fue beatificada en Roma por el papa Juan Pablo II el día 29 de enero de 1995, sus reliquias reposan en la Casa Generalicia en Zaragoza y su memoria litúrgica viene celebrándose el 4 de enero.

Santa Ángela de la Cruz: compartir la cruz con los más necesitados

JOSÉ MARÍA JAVIERRE

Si esta página no saliera de Sevilla, yo podría ahorrarme contar aquí quién es sor Ángela: una mujer que ha conseguido el consenso absoluto de la ciudad. Digamos casi absoluto, por si queda un despistado que ignora de qué va. Imposible: desconocer a sor Ángela en Sevilla sería como no haber visto la Torre del Oro.

Ángela de la Cruz es un milagro que nos ocurrió en Sevilla al pasar del siglo XIX al siglo XX; un milagro que sigue vivo, actual. En el mes de enero de 1846, a un matrimonio sencillo, humildes obreros, cardador él, venido de las montañas de Grazalema, y costurera su mujer, Josefa, les nació una niña en la casita donde moraban, arrabales de la Trinidad. Seis hijos sobrevivieron, de los catorce nacidos; Angelita fue la predilecta, el juguete de la familia. Le pudieron dar muy poca escuela, medio leer y mal escribir.

Vivaracha, traviesa, a los doce años entró de aprendiz en un taller de calzado, donde las señoras de Sevilla, y los canónigos, todo hay que decirlo, encargaban sus botas a la moda de París. En aquellos años, Sevilla tenía rango de Corte, por la presencia de los duques de Montpensier en el palacio de San Telmo; la infanta María Luisa Fernanda, her-

mana de la reina Isabel II, y el duque don Antonio, hijo del rey de Francia. Angelita trabajó a gusto en el taller, ganó la amistad de sus compañeras, y comenzó a visitar enfermos pobres llevándoles consuelo y limosnas. A los diecisiete años ya la tenían por santa. A ella le daba mucha risa. Hacía penitencias escondidas y le ocurrían lances raros: un día, cuando rezaban juntas el Rosario las oficiales del taller, se quedó de rodillas deslumbrada y sonriente, les pareció que alzaba sobre el suelo. Las chicas salieron de puntillas dejándola sola; una hora después Angelita apareció bromeando esta disculpa: «Me dejaron dormida...». La cosa iba a mayores; en el cuidado de los enfermos ponía una dedicación absoluta, hasta chupar los pechos supurados de una mujer para limpiarle la herida repugnante: la enferma sanó y no hubo que operarla. El relato alborotó Sevilla, unos a favor, otros en contra. Angelita, ni enterarse.

A los diecinueve años solicitó permiso de su confesor, un cura culto y penitente llamado padre Torres, para entrar de lega en las Carmelitas; y a los veinticuatro, para irse con las Hermanas de la Caridad. Los dos ensayos fracasaron, a causa de su salud débil. Resignada a vivir de monja sin convento,



Ángela firmó un papel comprometiéndose ante Dios a cumplir los consejos evangélicos. Prosiguió con su grupo de amigas el cuidado de enfermos pobres, hasta que una tarde le sobrevino esta idea genial: van a fundar un Instituto dedicado a la caridad haciéndose pobres con los pobres, no ayudándoles desde fuera, sino siendo como ellos, experimentando la pobreza desde dentro.

Manos a la obra. El padre Torres le ordenó escribir todos sus pensamientos. Ella —le costaba horrores— obedeció pacientemente y, poco a poco, mejoró su letra: redactó papeles de conciencia, con maravilloso contenido místico, algunas páginas comparables a santa Teresa y san Juan de la Cruz.

Fundó su Instituto, imaginado por ella como un Calvario donde hay una cruz disponible para crucificarse a sí misma junto a Cristo. Un día regresa Ángela a su casa por la calle enladrillada. Va pensando que el oratorio de su convento debe ser muy bello: si alguna religiosa se ve atormentada por el cansancio y los sacrificios, que halle consuelo a los pies de la Virgen. Toda la casa será un Calvario, y el oratorio la única pieza rica. La talla de la Virgen que sea hermosa, y en vez del Niño llevará una cruz y una corona, símbolos de las Hermanas de la Cruz: la cruz en la tierra, y la corona en el cielo. De pronto, Ángela se quedó inmóvil porque ve delante de ella a la Virgen tal como la imaginaba, y la Señora le promete su ayuda. Así nacieron las Hermanas de la Cruz, hijas de sor Ángela. Las cuatro primeras alquilaron un cuartito con derecho a cocina: una mesa, media docena de sillas, un arca ropero, un crucifijo, una estampa de la Virgen de los Dolores y cuatro esterillas para cama. Ese primer día Ángela nombró a la Virgen superiora del convento; salieron las monjas a repartir el dinero que les quedaba y a atender enfermos: era tanta su alegría que no cocieron potaje, se les olvidó comer.

Crecían, buscaron casa más grande. Cuando ya eran doce Hermanas de la Cruz, llamaron Madre a sor Ángela, y desde entonces bastó en Sevilla decir *Madre* para saber de quién se trataba. Se les acumuló el trabajo: piden limosna, con una mano toman y con otra reparten: visitan enfermos, dan clase a niñas huérfanas, escuela nocturna para obreras. En los lugares de mayor pobreza y necesidad se las ve luchando silenciosamente contra la miseria. Sonrientes. En época de inundaciones, o de peste, o de hambre, ellas son el consuelo de los enfermos: con las

Hermanas de la Cruz llegan a cada tugurio recursos y limpieza.

Aumenta el número de hermanas, abren casa en los pueblos: la bondad y ternura de Madre les gana, entre la gente sencilla, fama de milagreras; sus milagros, las cosas que ella realiza fuera de lo corriente, son maternales caricias, pequeñas ayudas llenas de cariño. De aquellos años se cuentan curaciones, consejos certeros, profecías. Un periodista describió así a sor Ángela: «Lo que en Madre destaca, sobre todo, es la naturalidad, la sencillez, toda modestia y verdad, toda ponderación y equilibrio». Ella repetía a sus monjas cuando escuchaba alabanzas: «Ahora estamos obligadas a ser como dicen y creen que somos». En sus casas puso toques deliciosos de belleza, característicos de Andalucía: la limpieza, las flores, la cal. Un clima de paz serena y alegre. Las hermanas siguen a rajatabla las normas de mortificación establecidas por sor Ángela, comen de vigilia, casi siempre el tradicional potaje; duermen vestidas sobre tarima de madera; y las noches que les toca velar enfermos descansan poquísimos: quieren estar instaladas en la cruz, enfrente y muy cerca de la Cruz de Jesús, para no sentirse atadas a los bienes o placeres de este mundo, y acudir sin tardanza donde los pobres las necesiten.

En el paisaje urbano de Sevilla la estampa de dos hermanas de la Cruz que pasan en pareja por la calle gana siempre miradas de ternura: los sevillanos saben que, bajo el vuelo de los amplios mantos, las hermanas llevan medicinas, alimentos, consuelo, cariño, a una familia necesitada.

A sor Ángela le asustó verse tan querida, y pensó huir a escondidas pidiendo cobijo en alguna casa de mujeres de vida airada arrepentidas. Sus confesores no lo consintieron; y murió al fin, el 2 de marzo de 1932, en su tarima. España estaba políticamente dividida, pero Sevilla toda se puso en marcha como una riada de amor agradecido en honor de sor Ángela. A los dos días de la muerte, el Ayuntamiento republicano dedicó una calle a la Madre de los Pobres.

Juan Pablo II la beatificó en Sevilla el 5 de noviembre de 1982.

No se equivoquen, amigos lectores forasteros de Sevilla: ella, Madre, sor Ángela, sigue viva, está aquí, con nosotros. Continúa repartiendo bien a manos llenas. Sus manos son las hermanas de la Cruz, sus hijas. Sus manos...

Razones para un milagro

ANSELMO A. NAVARRETE, OSB

EN sí mismo, el proyecto de visita papal ha sido posible gracias a la iniciativa iluminada del cardenal Rouco y a la casi temeraria intrepidez de Juan Pablo II. Era una apuesta arriesgada porque iba a servir de termómetro a la situación espiritual de España, en la que se reflejarían inevitablemente las tremendas heridas abiertas en el cuerpo religioso de la nación y la marea negra que ha sido volcada sobre él. Lo cual podría tener una repercusión en la acogida que los españoles, y en particular los madrileños, reservaran al Papa.

Cierto que éste llegaba aureolado por sus muy encomiados gestos recientes en favor de la paz. Pero también le acompañaba esa persistente «conjura de los perversos» (Sal 63) y de los necios que, a través de no pocas complicidades mediáticas, viene vertiendo sobre él la insidia de un personaje fuera del tiempo y de la realidad, insensible a la cultura y razones del hombre de hoy, incapaz de poner a la Iglesia a la altura de las circunstancias; hecho responsable, por tanto, en no poca medida, de la desafección hacia la Iglesia y lo religioso. Una imagen del papa apta para poder acumular sobre ella todos los escarnios y rechazos que en realidad van dirigidos al cristianismo.

A pesar de todo, las masas estaban allí, pero no atraídas por el paladín de la paz, sino por el hombre de Dios, por el Vicario de Cristo, para estupor de la mayoría, para escándalo del sanedrín de los doctos que se han erigido en maestros de la Iglesia: «todos se van tras él», han comprobado consternados.

Tenemos la sensación de estar ante un regalo y un milagro. ¿Quién nos los ha traído? De manera inmediata, el propio Papa. En él subyuga su amor a Cristo, a la Iglesia, a la humanidad, a María, Madre de Cristo, de la Iglesia y de la humanidad. En él aparece el gran testigo de la fe, hoy en España, siempre, siguiendo el mandato del Evangelio, «hasta los confines del orbe».

Esa fe de la que España ha mostrado que conserva la memoria cuando casi todo inducía a pensar que estaba volviéndose de espaldas a sí misma en su dimensión religiosa. Esa fe cristiana que hemos sido invitados a conservar y revitalizar como fermento, al igual que en el pasado, de nuestra historia presente y futura, y como contribución específica de España a la edificación de Europa.

Era de esperar que la «agonía del cristianismo» —no en sentido unamuniano— encontrara entre noso-

tros la resistencia de sus raíces multiseculares, alimentadas por una herencia de historia espiritual especialmente rica, tanto en el nivel personal como en el colectivo; acompañada, además, por un catálogo de servicios a Dios y a la Iglesia difícilmente igualable entre los países cristianos. Nunca hemos pasado factura a nadie por ellos, pero hay que creer que su valor acumulado esté sirviendo de contrapeso a la hora de compensar con él las horas bajas por las que estamos atravesando y las que pueden sobrevenir, en circunstancias presumiblemente más adversas.

En esa hoja de servicios, y con igual valor de capital de reserva para nuestro cristianismo presente y futuro, con presencia seguramente muy particular en esta ocasión, merece la pena destacar otro apartado. Algo que hacemos figurar con orgullo en las páginas de esa historia espiritual, y que se escribe con nombres que figuran entre los que «están inscritos en el Libro de la Vida». Son los santos dados por nuestra Iglesia a España y al mundo. Ellos representan el don más alto que nos ha sido otorgado por Dios, juntamente con el de la fe; la provisión de gracia y de bendición que en ellos nos ha sido garantizada. Para nosotros encarnan la energía secreta más valiosa que tenemos en depósito, porque representa la mejor «sangre de la Hispania fecunda».

Los últimos de ellos nos los ha entregado el mismo Juan Pablo II con ocasión de su visita. Esta España pletórica de santos ha sido enriquecida con otros cinco. ¿Cuántos van? ¿Y cuántos quedan? ¿Cuántos los que, seguramente en mucho mayor número, están contabilizados en los anales manejados por Dios? Entre ellos, la mayor parte de los que integran la cosecha milagrosa que, en fecha no lejana, pareció repetir una segunda multiplicación de los panes y los peces, símbolo de una nueva eucaristía de víctimas sacrificadas en un altar que, como el de la Cruz, levantó el odio pero transfiguró el amor. Es la muchedumbre de los mártires de la guerra. Nos habíamos preguntado para qué ha servido su muerte, pero ahí están, velando sobre nuestro futuro: quienes ya se lo reparten no han contado con ellos. Porque «la sangre de los mártires es semilla de cristianos».

A nosotros nos corresponde hoy velar para que la suma de esas intercesiones y de nuestro esfuerzo común nos permita sostener el testimonio de Cristo, en unión con su Vicario, en esta «tierra de María».

Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (V)

El primer viernes de febrero de 1689, en el monasterio de la Visitación de Dijon, se oficia por primera vez una Misa pública al Corazón de Jesús

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

HAN transcurrido sólo trescientos treinta años desde que Jesús quiso revelarnos su deseo de que veneráramos su divino Corazón. Esta devoción está hoy instituida en la Iglesia y generalizada en todo el mundo católico como la manifestación más popularmente extendida del amor misericordioso de Dios a los hombres. Podría pensarse que a lo largo de estos tres siglos la devoción ha ido extendiéndose suave y pausadamente, y que durante su transcurso ha estado siempre presente en su Iglesia sin mayor contradicción. Pero, no ha sido así, pues providencialmente, desde el principio su desarrollo ha sido objeto de una continua lucha entre unos pocos amigos del Corazón de Jesús, pobres e insignificantes para el mundo, pero celosos por cumplir sus deseos, frente a sus numerosos y poderosos enemigos, que, instigados por Satanás, se han empeñado, como se empeñan hoy, en impedir que se haga realidad el lema de nuestra revista y de nuestro Apostolado de la Oración: que venga el Reino de Cristo a través de la devoción a su Sagrado Corazón. Esta contradicción comenzó, como hemos visto, en la propia cuna de la devoción, en el monasterio de Paray-le-Monial, donde ni sus superiores, una vez convencidas de que la revelaciones eran cosa de Dios, podían contrarrestarla. *«No os espanten, mi querida Madre, las contradicciones que encontraréis para establecer el reinado de este amable Corazón... las dificultades son la señal más segura de que la cosa es de Dios... Valor, pues, mi amada Madre, no desistáis por muchas dificultades que puedan oponerse, pues espero que venceremos. Satanás quedará confundido y este divino Corazón establecerá su reinado y su imperio a pesar del enemigo»*. (carta XXIX a la madre De Saumaise en Dijon, de enero de 1685)

«Me da verdadero contento ver el progreso que por vuestro medio va haciendo esta santa devoción por esos lugares... me parece que Él quiere que os ocupéis únicamente en eso.»

El ambiente hostil imperante en la comunidad de Paray, y las prevenciones venidas de Annecy, no le

habían permitido a la madre De Saumaise exteriorizar su convicción ni sus ansias por propagar la devoción al Corazón de Jesús, que le había transmitido la hermana Margarita María. Al dejar Paray-le-Monial, la superiora tuvo ya más libertad. A su paso por el convento de Moulins la dejó bien arraigada allí, y a su vuelta a su casa profesa de Dijon, se dedicó, ya sin trabas, a difundir por doquier la buena noticia del amor misericordioso del Corazón de Jesús. Así, su antigua novicia y ahora mentora Margarita María, podía escribirle: *«Me da verdadero contento ver el progreso que por vuestro medio va haciendo esta santa devoción por esos lugares... me parece que quiere que os ocupéis únicamente en eso»* (carta 92 a la madre De Saumaise, agosto de 1688).

Desde su marcha de Paray la madre Francisca de Saumaise estuvo siempre enferma, pero ello no fue obstáculo para que desde su claustro fuera el resorte poderoso, aunque oculto, que movió casi todo lo que entonces se hizo en la Iglesia por la gloria del Sagrado Corazón. Fue tanta su actividad, que sólo la enunciamos, pues, aunque ya hemos dado a conocer algunas de sus empresas, no podremos exponerlas todas con detalle.

Impulsada por las cartas de santa Margarita María, comprometió a la joven y apasionada hermana Juana Magdalena Joly para que compusiera el texto de la primera misa y el oficio de la fiesta del Sagrado Corazón, haciendo que ésta redactara también el primer manual sobre la devoción, y que dibujara la imagen del Corazón de Jesús con que poder grabar un cliché para imprimir sus estampas. Cuidó también de buscar pintores para diversos cuadros, dirigiéndoles en el trabajo, y propagando luego sus imágenes. Pensó hasta en escribir un libro sobre la devoción, pero Margarita María le disuadió, pues ya tenía en cartera otros escritores. Para obtener de la Santa Sede la institución de la fiesta del Corazón de Jesús en la Iglesia, puso en acción —como hemos visto— a los más altos personajes de su tiempo, como la reina de Inglaterra y los reyes de Polonia y España, y se encargó de hacer llegar a la corte de Luis XIV el mensaje a él dirigido. Extendió la devoción por todos los conventos de la Visitación hasta Polonia y

Canadá, y por su iniciativa el obispo de Langres fue el primero en autorizar un libro sobre el Corazón de Jesús, y en establecer y celebrar la fiesta por Él perdida en su diócesis de Dijon. Tras dieciséis años de incesante apostolado, a los 73 de edad, pasaba a reposar su cabeza sobre el Corazón de Jesús el 31 de julio de 1694, cuatro años después que su amiga Margarita María.

«Es menester comulgar un primer viernes de mes, y después de la sagrada Comunión hacerle el sacrificio de sí misma, consagrándole todo su ser para emplearse en su servicio y procurarle toda la gloria, amor y alabanza que esté a su alcance.»

A mediados de 1678 la madre De Saumaise terminó su último trienio de superiora en Paray y volvió a su Dijon natal, donde tuvo ocasión de platicar con el padre La Colombière a su retorno de Londres de paso hacia Lyon. En mayo del año siguiente fue elegida superiora del famoso monasterio de Moulins, en que había muerto santa Juana de Chantal, y que, después de Annecy, tenía a gala conservar las más puras tradiciones de la Orden. Al punto transmitió a su comunidad la chispa del fuego de la devoción al Corazón de Jesús que traía de Paray, que prendió de inmediato, en especial en la directora del noviciado, hermana Enriqueta de Soudeilles, que le sucedería como superiora y apóstol del Corazón de Jesús a su marcha. En los Anales de la Visitación de Moulins, y en referencia a la madre De Saumaise se lee: «A ella debemos haber conocido a nuestra virtuosa hermana Margarita María, y que nuestras muy reverendas madres Luisa Enriqueta de Soudeilles y M^a. Felicia Dubuysson comenzaran su amistad epistolar con ella».

«El Corazón de Jesús os ha hecho tan útil a su gloria y al progreso de su reinado, y os quiere en esta ocupación más que en el gobierno de una comunidad.»

GRAVES enfermedades fueron inseparables compañeras de la madre de Saumaise durante sus tres años de gobierno del monasterio de Moulins, convertido por ella en foco de devoción al Corazón de Jesús, por lo que en 1682 tuvo que dejarlo y volver a su casa profesa de Dijon. De camino se detuvo en Paray, donde su antigua novicia Margarita María le reveló los nuevos designios del Corazón de Jesús para con ella, y cómo no la destinaba ya a regir monasterio alguno, sino que, dada su autoridad, relaciones y prestigio en la Or-

den, le encomendaba que en adelante se encargara de la gestión de cuanto le ordenara el Corazón de Jesús a Margarita María, y ésta se viera incapaz de realizar desde Paray, pues la nueva superiora, la madre Greyfié, siguiendo instrucciones, estaba muy prevenida frente a la hermana Margarita María y la nueva devoción, habiendo comenzado su mandato desautorizando la conducta de tácita aprobación de su antecesora, pues, como dice el padre Hamon, a la madre Greyfié «la había escogido el Señor para poner a prueba, todavía más, a santa Margarita María».

Estando en Dijon, la madre De Saumaise ya sin cargos de responsabilidad, primero bajo el mandato de su antigua directora la madre Boulier, y luego bajo el de su amiga la madre Desbarres, será la confidente, consejera, procuradora, agente y corresponsal de los proyectos que le encomiende la hermana Margarita María. Antes, siguiendo las instrucciones de ésta, hizo su consagración al Sagrado Corazón: «Me parece haría V. una cosa muy agradable a Dios en consagrarse y sacrificarse a este Sagrado Corazón, si ya no lo ha hecho. Es menester comulgar un primer viernes de mes, y después de la sagrada Comunión hacerle el sacrificio de sí misma, consagrándole todo su ser para emplearse en su servicio y procurarle toda la gloria, amor y alabanza que esté a su alcance» (carta a la madre De Saumaise, 24 de agosto de 1685).

Una vez hecha su formal consagración, Margarita María le escribe: «¡Cuán feliz soy, mi querida Madre, porque el Corazón de Jesús os ha hecho tan útil a su gloria y al progreso de su reinado. Os quiere en esta ocupación más que en el gobierno de una comunidad!». Como muestra de su predilección y agradecimiento, cuando en marzo de 1686 los padres jesuitas le entregaron a Margarita María un huesecillo de las reliquias del padre La Colombière y su cinturón, quiso compartirlo con la madre De Saumaise, y al enviarle un fragmento, le dice que le corresponde porque Jesús «Os ha puesto en el lugar de nuestro tan buen padre La Colombière para el establecimiento de la devoción a su Corazón» (carta 56).

La hermana Joly colaboradora de la madre De Saumaise con la pluma y el pincel

LA madre De Saumaise, siempre enferma desde que marchó de Paray, halló tanto en Moulins como en Dijon entusiastas colaboradoras. En Dijon tuvo la eficaz ayuda de la animosa hermana Juana Magdalena Joly, quien en cuanto oyó de labios de la madre De Saumaise la noticia de las revelaciones del Corazón de Jesús en Paray, pren-

dió de tal modo en su alma apasionada el fuego de la devoción, que la convirtió en su más celosa apóstol. Lo primero que le instó la madre De Saumaise fue el componer las primeras letanías del Sagrado Corazón, así como el texto de un oficio y misa propios de su fiesta. La hermana Joly no era muy letrada, sólo sabía francés y no latín, pero confiando nada en sus fuerzas y todo en Dios, se puso a buscar textos con que expresar fielmente lo que, en sintonía con la hermana Margarita María, sentía su corazón; y así redactó de su mano las oraciones de la misa, el oficio del Corazón de Jesús y sus letanías, que, ampliadas, son algunas de las que hoy rezamos. Presentados sus escritos a la madre De Saumaise, ésta los hizo traducir al latín por el confesor de la comunidad, y reunir luego en un librito, que, para uso interno hizo imprimir secretamente en 1686.

La superiora, madre Desbarres, impulsada por el celo de la madre De Saumaise, de la que aprobaba todas sus gestiones, acabando su mandato, y viendo que ya poco más podría hacer por el Corazón de Jesús, con santa audacia, y sin reparar en la trascendencia de lo que pedía, se atrevió a firmar la solicitud de aprobación canónica del libro de la hermana Joly, enviándolo a la superiora de la Visitación de Roma para que lo presentase ante la Santa Sede, pidiendo, sin más, la introducción de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús para toda la Iglesia.

«¿Por qué te aflijas de lo que servirá para darme gloria?»

MARGARITA María y sus confidentes en Dijon, las madres De Saumaise, Desbarres y la hermana Joly, y la madre Soudeilles desde Moulins, oraban incesantes. *«En todas mis oraciones no tengo más que este único fin: establecer el reinado del Sagrado Corazón; y ahora obtener la admisión interina de la solicitud que habéis hecho en Roma con este objeto (la aprobación de la Misa y el Oficio). No dejo de interesar en ello a la santísima Virgen, y a nuestro bienaventurado padre La Colombière porque si vos ocupáis su lugar sobre la tierra, él ocupa el vuestro en el cielo para amar y glorificar al divino Corazón»* (carta LXII a la madre De Saumaise, marzo de 1687).

La respuesta de Roma las dejó desoladas. Contestaron que la demanda no podía ni tan siquiera ser tomada en consideración, pues no se aprobaban nuevas devociones hasta que estuviesen autorizadas durante algún tiempo por el obispo de la diócesis. *«Fue como una espada que me traspasó el corazón—escribe Margarita María a la madre De Saumaise—, y me fui delante de su imagen a exponerle mis quejas, recibiendo esta respuesta: “¿Por qué te aflijas*

de lo que servirá para darme gloria?... ¡queda tranquila!». Por lo que ya no me inquieté lo más mínimo. Con tal de que Él esté satisfecho, yo viviré contenta».

La madre De Saumaise obtiene autorización diocesana del texto de la misa en honor del Corazón de Jesús, y promueve su solemne celebración por el obispo de Langres en el monasterio de la Visitación de Dijon el primer viernes de febrero de 1689

PERO, como dice la santa que *«hay que hacerlo todo quieta y suavemente, y a la vez con fortaleza y diligencia, aprovechando los medios que Él nos procura, sin desistir ni cansarnos»*, respuestas de su desolación, la madre De Saumaise y sus colaboradoras se ponen manos a la obra y hacen lo que desde Roma les indican. Se dirigen al obispo de Langres, del que dependía Dijon, y le envían un libro más amplio que el devuelto de Roma, al que añaden una introducción sobre el objeto de la devoción, con el oficio, la misa y las letanías, pidiendo su aprobación.

El obispo, Luis María Armand de Simiane de Gordes, no era persona muy pía—según Saint-Simon *«El buen obispo de Langres era un aristócrata que no había nacido para obispo»*—pero se hallaba enfermo, y tras pasar la vista por encima del escrito de solicitud, dejó el asunto en manos de su fiel vicario general, monseñor Amat. Éste leyó el libro de un tirón, quedando tan entusiasmado, que convenció al obispo enfermo de la urgencia de aprobar cuanto solicitaban las visitandinas. Así, en enero el vicario general, por mandato del obispo, daba licencia para que el libro *«se imprimiera y vendiera»*, autorizando el texto redactado por la hermana Joly de la primera misa en honor del Corazón de Jesús, misa que el propio obispo celebraría solemnemente en el monasterio de la Visitación de Dijon en la octava de san Francisco de Sales, el primer viernes de febrero de 1689, inaugurando así en la historia de la Iglesia el culto público al Corazón de Jesús. Semanas después, el libro de la hermana Joly, con el oficio, la misa y las letanías del Sagrado Corazón, contando todo ello con la providencial autorización diocesana, que sorprendió e indignó a los enemigos de la devoción, era llevado a la imprenta, y la madre De Saumaise comenzó su distribución, estableciendo de paso en Dijon la fraternidad de la Adoración Perpetua al Sagrado Corazón.

Margarita María no podía contener su alegría al recibir la feliz noticia de la aprobación de la misa del Sagrado Corazón en la diócesis de Langres, y

cómo ésta se había ya celebrado el primer viernes de aquel mes, y escribe alborozada a la madre De Saumaise: «No hallo palabras para explicaros la alegría que Él me hace experimentar al ver el éxito que tuvisteis en hacerlo conocer, amar y glorificar, para lo que no dudo que os ha santamente destinado, visto el celo que os da para emplearlo en ello», y el 28 de agosto de 1689, Margarita María le escribe a su querida hermana Joly: «Sois del número de los verdaderos amigos del Sagrado Corazón por el ardiente celo que manifestáis por el progreso de su gloria, por la cual os habéis olvidado de vos misma. ¡Delicioso olvido que os procurará un eterno recuerdo en ese amable Corazón, el cual espero que no se olvidará de vos, ni de lo que por Él hacéis! No os canséis, pues, sino considerad como una gran dicha el que se aumente vuestro trabajo y os proporcione algunas cruces de humillación y mortificación. Porque bien sabe Él quiénes son las personas que ha destinado particularmente para el establecimiento de su Reino, en cuyo número creo que estáis vos, y en vano podrán mezclarse otras en ello, pues si no derrama sobre ellas la unción de su gracia, nada lograrán» (carta 108).

La primera noticia de la devoción al Corazón de Jesús llega a Polonia

ANTES de dejar el gobierno del monasterio de Dijon en 1689, la madre Desbarres, de acuerdo con la madre De Saumaise, quiso dar a conocer a toda la Orden el nuevo culto, y la aprobación que éste había recibido de su obispo, y envió a las superiores de cada uno de los 143 monasterios de la Visitación de Francia el libro de la hermana Joly impreso con autorización diocesana, conteniendo el oficio y la misa del Sagrado Corazón, aunque sin mencionar ni una sola vez a Paray-le-Monial ni a la hermana Margarita María, cómo ésta le había exigido. Este libro de la hermana Joly impreso en Dijon, ampliado luego por el padre Croiset, lo recibió la superiora del monasterio de Bellecourt, quien enviaría un ejemplar a sus hermanas francesas del primer monasterio de la Visitación de Polonia para darles a conocer la devoción. Fue este librito el primer grano de trigo que cayó en muy

buena tierra, en la que habría de dar el ciento por uno.

Desde Roma se concedían fácilmente indulgencias a las cofradías del Corazón de Jesús, pero la concesión de un oficio propio y la misa de su Sagrado Corazón, Jesús quiso que su vicario Clemente XIII la otorgara en 1765, como primicia, y a su solicitud, a los obispos de Polonia, un siglo antes de que el beato Pío IX la extendiera en 1856 a toda la Iglesia. El firme arraigo de la devoción transmitida por medio de la madre De Saumaise desde la Visitación de Dijon, a través de Bellecourt en la piedad popular polaca hará posible que, en su momento, de ese tizón salte la chispa que ha de prender la llama que debe recalentar la entibiada caridad del mundo cristiano, mediante el prometido reinado del Corazón de Jesús.

Con la publicación de este primer librito no acaba la colaboración gráfica de la madre De Saumaise y de su fiel colaboradora la hermana Joly en los planes de difusión del mensaje de misericordia que recibía Margarita María, ya que, además del apostolado de la pluma se empeñaron también en el del pincel.

«Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres. Yo quiero que esta imagen sea expuesta a sus miradas para ablandar sus corazones.»

MARGARITA María se propuso cumplir este deseo del Corazón de Jesús, pero ante la defeción y tardanza de otros importantes intermediarios, como siempre que no sabía cómo salir adelante, escribió a la madre De Saumaise en Dijon, pidiéndole ayuda. Ésta le enseñó la carta a su superiora la madre Desbarres, quien, sin más, encargó a la joven hermana Magdalena Joly que se pudiese manos a la obra. La hermana Joly no sabía dibujar, pero, por obediencia, se puso a trazar un diseño que respondiese fielmente al encargo que, a través de la madre De Saumaise, le transmitía la hermana Margarita María. De cuál fuera el resultado, y de las dificultades que hubo de sortear hasta obtener la imagen del Corazón de Jesús, tal como la quería Margarita María, daremos cumplida cuenta en nuestro próximo artículo.



A los cuarenta años de la encíclica *Pacem in terris* (II)

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

AL igual que hicimos en nuestro artículo anterior ponemos en negrita las palabras del Pontífice para distinguirlas netamente de nuestra presentación o comentario. Aprovechamos esta advertencia para corregir un pequeño error en nuestro anterior artículo donde podía interpretarse como comentario del articulista —al faltar la negrita— un texto de la propia encíclica *Pacem in terris*. Por su importancia lo reiteramos ahora, dado que es un texto clave para juzgar de manera global la radical oposición entre las enseñanzas del Pontífice y las doctrinas hoy frecuentes en las enseñanzas políticas. Decía el texto que ahora repetimos:

Un error en el que se incurre con bastante frecuencia está en el hecho de que muchos piensan que las relaciones entre los hombres y sus respectivas comunidades políticas se pueden regular con las mismas leyes que rigen las fuerzas y los seres irracionales que constituyen el universo, siendo así que las leyes que regulan las relaciones humanas son de otro género y hay que buscarlas donde Dios las ha dejado escritas, esto es, en la naturaleza del hombre.

La negación de la naturaleza humana es hoy dogma común de la filosofía política. El hombre no tiene naturaleza sino sólo historia. Esta tergiversación del hombre ha pasado de la filosofía a la ciencia jurídica y al derecho. Es hoy doctrina política común la desaparición del derecho natural; desaparición no sólo práctica sino incluso teórica al eliminarse dicha enseñanza de los contenidos de los planes de estudio en las facultades correspondientes de Derecho. Nuestros futuros juristas no habrán ni oído hablar del derecho natural. Por el contrario, para la Iglesia y para la doctrina contenida en la *Pacem in terris*, es el fundamento inmediato del orden político.

Después de referir el derecho humano al matrimonio, **uno e indisoluble**, aborda el derecho a la educación. Curiosamente afirma Juan XXIII que el derecho a educar pertenece antes que nadie a los padres. No dice que sea un deber, que desde luego lo es, sino un derecho. Y este derecho de los padres es anterior incluso al derecho que sin duda tiene el propio hijo a ser educado. **Pero antes que nadie son los padres los que tienen el derecho de mantener y educar a sus propios hijos.**¹³ En tanto que la educación especializada o superior se realiza normalmente en centros docentes, es claro que este de-

recho está conculcado en la sociedad actual donde el Estado tiene un monopolio práctico en la educación de los hijos, a través de la gratuidad concedida sólo a los centros estatales, llamados equívocamente «públicos». Los padres no pueden elegir el centro docente preferido.

Pasa a considerar el derecho al trabajo diciendo que **es claro que la misma naturaleza ha conferido al hombre el derecho no sólo a la libre iniciativa en el campo económico, sino también al trabajo.**¹⁴ En este campo, escribe el Papa, el trabajo debe hacerse en condiciones dignas de modo que **no sufran daño la integridad física ni las buenas costumbres, y que no impidan el desarrollo completo de los seres humanos.** Siempre tuvo muy presente el beato Juan XXIII que la mujer no puede supeditar su función de esposa y madre al trabajo de modo que los primeros sufran menoscabo por causa de este último cuando recordaba que, **por lo que toca a la mujer, se le ha de otorgar el derecho a condiciones de trabajo conciliables con sus exigencias y con los deberes de esposa y de madre.**¹⁵

La retribución del trabajo no puede hacerse únicamente en base a criterios de rentabilidad o de mercado. Juan XXIII reitera aquí una doctrina ya puesta de manifiesto por León XIII en la encíclica *Rerum novarum*, y por Pío XII cuando afirmaban que el salario debe bastar para sustentar a toda la familia.

Y de un modo especial hay que poner de relieve el derecho a una retribución del trabajo determinada según los criterios de la justicia y suficiente, por tanto, en las proporciones correspondientes a la riqueza disponible, para consentir al trabajador y a su familia un nivel de vida conforme con la dignidad humana. Sobre este punto, nuestro predecesor Pío XII, de feliz memoria, afirmaba: «Al deber de trabajar, impuesto al hombre por su naturaleza, corresponde asimismo un derecho natural, en virtud del cual

13. Cf. Pío XI, enc. *Casti connubii*, A.A.S. XXII, 1930, pp. 539-592; y Pío XII, *Mensaje Navideño*, año 1942, A. A. S. XXXV, 1943, pp. 9-24.

14. Cf. Pío XII, *Mensaje de Pentecostés*, día 1 junio 1941, A.A.S. XXXIII, 1941, p. 201.

15. Cf. León XIII, enc. *Rerum novarum*, *Acta Leonis XIII*, XI, 1891, pp. 128-129.

pueda pedir, a cambio de su trabajo, lo necesario para la vida propia y de sus hijos. Tan profundamente está mandada por la naturaleza la conservación del hombre».¹⁷

También es de señalar que se recuerda el derecho a la propiedad privada tanto sobre los bienes útiles como los de producción. La propiedad privada, en efecto, está al servicio de la dignidad de la persona y de toda su familia y constituye un elemento fundamental en la convivencia humana como lo recordaba citando su encíclica *Mater et Magistra*.

También brota de la naturaleza humana el derecho a la propiedad privada sobre los bienes, incluso productivos: derecho que, como otras veces hemos enseñado, «constituye un medio eficaz para la afirmación de la persona humana y para el ejercicio de su responsabilidad en todos los campos y un elemento de seguridad y de serenidad para la vida familiar y de pacífico y ordenado desarrollo de la convivencia».¹⁸

La teoría aristotélica de la sociabilidad natural del hombre, lejos de la falsa fábula del «contrato social» que caracteriza a la modernidad, está recordada en la encíclica.

De la intrínseca sociabilidad de los seres humanos se deriva el derecho de reunión y de asociación, como también el derecho de dar a las asociaciones la estructura que se juzgue conveniente para obtener sus objetivos y el derecho de libre movimiento dentro de ellas bajo la propia iniciativa y responsabilidad para el logro concreto de estos objetivos.²⁰

El papa hace suya la conocida doctrina tradicional católica de los «cuerpos intermedios» entre el individuo y el Estado. La sociedad actual, al hacer tan difíciles las asociaciones intermedias, deja al individuo a merced de los poderes del Estado o sometido al poder inmenso de los medios de comunicación social concentrados en manos de poquísimos, de los verdaderos oligarcas de la sociedad actual.

Ya en la encíclica «Mater et Magistra» insistíamos en la necesidad insustituible de la creación de una rica gama de asociaciones y entidades intermedias para la consecución de objeti-

vos que los particulares por sí solos no pueden alcanzar. Tales entidades y asociaciones deben considerarse como absolutamente necesarias para salvaguardar la dignidad y libertad de la persona humana, asegurando así su responsabilidad.²¹

Pero hoy en día la doctrina tradicional católica de los cuerpos intermedios, que fue el eje de la política tradicional en las monarquías católicas —que no absolutistas como gustan de llamarlas— hace sonreír a nuestros liberales y no digamos a nuestros socialistas. Sin embargo el Papa las tenía por «absolutamente necesarias» para salvaguardar la dignidad y libertad de la persona humana. Pero si hoy no existen tales sociedades intermedias es porque no se piensa en el hombre concreto, en la persona, sino en esta abstracción llamada «sociedad».

La actual desmembración de la sociedad hace que los actuales gobiernos no puedan garantizar el derecho a la emigración. El ejercicio de este derecho en lugar de ser enriquecimiento mutuo es hoy causa de muchas tensiones. Proviene ello de que la sociedad no puede acoger e integrar la avalancha de emigración que viene de forma masiva e incontrolada. Es ello un indicio del fracaso del moderno concepto de sociedad que carece de verdadera integración entre sus miembros. El fracaso es la consecuencia lógica tanto del sistema de la sociedad de origen como del de acogida. Pero el derecho de emigración, por justas causas, existe y es un derecho humano.

Todo hombre tiene derecho a la libertad de movimiento y de residencia dentro de la comunidad política de la que es ciudadano; y también tiene el derecho de emigrar a otras comunidades políticas y establecerse en ellas cuando así lo aconsejen legítimos intereses.²² **El hecho de pertenecer a una determinada comunidad política no impide de ninguna manera el ser miembro de la familia humana y pertenecer en calidad de ciudadano a la comunidad mundial.**

Bien lejos de todo sociologismo socialista el fundamento y el fin de toda la vida social no es la sociedad sino el individuo en tanto que persona. El actual socialismo imperante acusa de «individualista» esta doctrina, pero lo cierto es que esta verdad es fundamental para que se respeten de verdad los derechos del hombre. Es fácil ver que la política actual, sea liberal, sea socialista, habla de los derechos de los «ciudadanos», no de los individuos personales sino de los «elementos» de la sociedad. Lo único que exis-

17. Cf. *Mensaje de Pentecostés*, día 1 junio 1941, A.A.S. XXX, 1941, p. 201.

18. Enc. *Mater et Magistra*, A. A. S. LIII, 1961, p. 42S.

20. Cf. León XIII, encicl. *Rerum novarum, Acta Leonis XIII*, XI, 1891, pp. 134-142; Pío XI, enc. *Quadragesimo anno*, A.A.S. XXIII, 1931, pp. 199-200; y Pío XII, encicl. *Sertum laetitiae*, A.A.S. XXXI, 1939, pp. 635-644.

21. Cf. A.A.S. LIII, 1961, p. 430.

22. Cf. Pío XII, *Mensaje navideño*, 1952, A.A.S. XLV, 1953, pp. 33-46.

te para el socialismo es la sociedad que se convierte en un absoluto.

De la misma dignidad de la persona humana proviene el derecho a tomar parte activa en la vida pública y contribuir a la consecución del bien común. «El hombre, en cuanto tal, decía nuestro predecesor de feliz memoria, Pío XII, lejos de ser tenido como objeto y elemento pasivo, debe, por el contrario, ser considerado como sujeto, fundamento y fin de la vida social».²³

Y la primacía de la persona sobre la sociedad ha de manifestarse en la proclamación de un sistema

23. Cf. *Mensaje navideño*, 1944, A.A.S. XXXVII, 1945. página 12.

jurídico justo que provenga no de las leyes que los hombres se hayan dado a sí mismos –como se manifiesta en el sistema social hoy dominante– sino en el orden jurídico querido por Dios.

Derecho fundamental de la persona humana es también la defensa jurídica de sus propios derechos: defensa eficaz, imparcial y regida por los principios objetivos de la justicia. El mismo Pío XII, predecesor nuestro, insistía: «Del orden jurídico querido por Dios deriva el inalienable derecho del hombre a su seguridad jurídica y, con esto, a una esfera concreta de derechos defendida de todo ataque arbitrario».²⁴

24. Cf. *Mensaje navideño*, 1942, A.A.S. XXXV, 1943, p. 21.



San Bernardo, Abril 25 de 2003

Sr. José M. Mundet
Director de Revista "Cristiandad"

Muy estimado en Cristo:

Por la presente, los abajo firmantes tenemos el gozo de poder saludarle, felicitar a Usted y a los demás redactores de Revista "Cristiandad" y agradecer la donación de una suscripción anual.

Queremos expresarle nuestra espiritual comunión con Ustedes y con "Schola Cordis Iesu", precisamente orientadas hacia el Sacratísimo Corazón de Jesús y deseando vivir desde Él, principio de unidad y síntesis de nuestra santa religión; alentados todos en la esperanza teológica en el advenimiento de su reino, confianza que cada día experimentamos como más indispensable; y pidiendo al Señor, por medio de María Santísima, nos haga a todos "como niños" para poder ingresar en su reino al "redescubrir el Evangelio" de la infancia espiritual bajo la sabia conducción ejemplar de Santa Teresita del Niño Jesús.

Somos sacerdotes diocesanos de San Bernardo (Chile); la mayoría recibimos enseñanza, formación espiritual y ejemplo del recordado Padre Antonio Pérez-Mosso, verdadero apóstol del Corazón de Jesús y de la infancia espiritual, junto con ser insigne maestro en los estudios eclesiásticos, desde su estadía en Chile desde 1982 a 1990; algunos otros recibieron de lo que él nos dejó.

Finalmente deseamos a todos Ustedes que prosigan con la labor de perpetuar el espíritu que quiso el Padre Ramón Orlandis para Revista "Cristiandad" y para "Schola Cordis Iesu"; y alentarles encarecidamente a volver una y otra vez sobre los temas esenciales o nucleares, pues constituyen un alimento inagotable para las almas y así contribuyen al incremento de nuestra santa Madre la Iglesia.

Imploramos de Dios Uno y Trino, una abundante y fecunda bendición sobre todos Ustedes; unidos en los Corazones de Jesús y de María.

Pbro. Heinrich Herborn Rojas y 11 firmas más

El Rosario, oración social del pueblo cristiano

Reproducimos la conferencia que nuestro colaborador Jorge Soley Climent pronunció en el Tibidabo, el 18 de mayo de 2003, con motivo de la asamblea anual del Apostolado de la Oración de las diócesis catalanas.

Es realmente muy propio de una asamblea del Apostolado de la Oración tratar acerca del Rosario, no sólo porque el Papa con su carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* ha proclamado el año 2003 como año del Rosario, sino también porque el Rosario ha sido en la Iglesia el modo más universal de hacer realidad en la vida de muchos cristianos aquel precepto de san Pablo, «Orad en todo lugar», y el mandato de Cristo: «orad siempre sin desfallecer» (Lc 18,1), es decir, a través del Rosario se ha hecho realidad aquello que constituye precisamente la razón de ser del Apostolado de la Oración.

Vamos a destacar algunos aspectos íntimamente ligados a esta oración, auténtico tesoro de la Iglesia, al hilo de ese regalo que nos ha hecho el Papa con su carta apostólica. Pero antes de seguir adelante, ¿cómo caracterizar esta oración, cuáles son sus rasgos más destacados?

El Rosario es una oración tradicional que tiene la sencillez de las oraciones populares. Es la oración de los sencillos: sólo se puede rezar con sencillez y simplicidad de corazón. En ella reconocemos que las mejores palabras para dirigirse a Jesús y a la Virgen son las mismas que Él mismo nos enseñó, que pronunció María o que la Iglesia ha puesto en nuestros labios.

Es una oración a base de repetición, manifestación de sinceridad y de limpieza de corazón. Esta repetición es algo que al mundo moderno occidental le cuesta comprender (aunque después caiga cautivado por las repeticiones de los mantras budistas), pero que las iglesias particulares orientales han preservado como algo valiosísimo (baste pensar en la «Oración a Jesús», tan extendida entre los pueblos evangelizados por los santos Cirilo y Metodio). Y es que la misma repetición hace penetrar aquello que pedimos como lo más necesario para nuestras vidas, y por tanto aquello que tenemos que pedir con insistencia. Nos indica el Papa que «Si consideramos superficialmente esta repetición, se podría pensar que el Rosario es una práctica árida y aburrida. En cambio, puede hacerse otra consideración sobre el Rosario, si se toma como expresión del amor que no se cansa de dirigirse a la persona amada con manifes-

taciones que, incluso parecidas en su expresión, son siempre nuevas respecto al sentimiento que las inspira».

El Rosario es oración contemplativa, a través del cual María nos muestra el rostro de su Hijo, el Rosario nos transporta místicamente a Nazaret y nos introduce, en palabras del Santo Padre, «en la profundidad del corazón de Cristo, abismo de gozo y de luz, de dolor y de gloria».

El Rosario es también tremendamente eficaz. La Iglesia ha visto siempre en esta oración una eficacia particular, confiando las causas más difíciles a su rezo comunitario y a su práctica constante. En momentos en los que la Cristiandad misma estaba amenazada, se atribuyó a la fuerza de esta oración la liberación del peligro y la Virgen del Rosario fue considerada como propiciadora de la salvación.

Un breve repaso histórico nos confirmará lo acertado de esta afirmación. El «Dios te salve, María» ya se encontraba en el Misal romano desde el año 650, como oración o antifona en la Misa del cuarto domingo de Adviento.

Desde el año 1100 al 1200 el rezo del «Dios te salve, María» es muy frecuente y muchas personas que no pueden rezar los 150 salmos (o sea, el Salterio) tratan de reemplazarlos diciendo 150 veces esta oración mariana. El Rosario está pues estrechamente ligado a la oración de alabanza, de petición, de acción de gracias que son los salmos, de los que es como el equivalente para nuestros tiempos.

Aunque santo Domingo no es el inventor del Rosario, lo cierto es que él y sus misioneros recomendaron mucho a las personas el repetirle frecuentemente a la Santísima Virgen el «Dios te salve, María», y el pensar en los misterios de la vida, Pasión y Resurrección de Nuestro Señor. Su rezo fue de particular importancia para luchar contra los cátaros, la herejía más terrible que ha habido en la historia de la Iglesia (de hecho, no es propiamente una herejía aun cuando se presente como tal, sino que es más bien una filosofía dualista que refleja soberbia y odio hacia Dios). Después de muchos fracasos, santo Domingo encontró en el Rosario el arma más eficaz para luchar contra la herejía. Así lo recoge Juan Pablo II,

al escribir que «La historia del Rosario muestra cómo esta oración ha sido utilizada especialmente por los dominicos en un momento difícil para la Iglesia a causa de la difusión de la herejía. Hoy estamos ante nuevos desafíos. ¿Por qué no volver a tomar en la mano las cuentas del rosario con la fe de quienes nos han precedido? El Rosario conserva toda su fuerza y sigue siendo un recurso importante en el bagaje pastoral de todo buen evangelizador».

En el año 1569, el papa san Pío V con una carta encíclica dirigida a todos los cristianos del mundo recomienda rezar el Rosario: de este modo quedaba consagrada esta devoción como algo muy propio de los buenos católicos. Muy afligido el Papa por la expansión turca que estaban borrando el cristianismo de la parte más oriental de Europa y para la que no se veía remedio alguno, se propuso formar una liga con todos los príncipes cristianos para frenar el avance musulmán. Finalmente, y por diversas circunstancias, tan sólo el rey de España, Felipe II, y la república de Venecia escucharon la llamada pontificia. La inferioridad de las tropas cristianas hacía presagiar, humanamente hablando, una derrota del ejército comandado por don Juan de Austria. Mientras se desarrollaba la batalla, el 7 de octubre de 1571, el mismo san Pío V, acompañado de multitud de cristianos, imploraba a María a través del Rosario, pidiendo el triunfo de los combatientes. Escribió León XIII en su encíclica *Supremi apostolatus*, que «la Soberana Señora oyó sus preces, pues que la escuadra de los cristianos logró, sin experimentar grandes bajas, una insigne victoria y aniquiló a las fuerzas enemigas». De Lepanto nace que el mes de octubre esté consagrado al Rosario y que en su aniversario se instituyera la festividad de la Virgen del Rosario, pues el santo pontífice, en agradecimiento a tan señalado beneficio, quiso que se consagrara con una fiesta en honor de María el recuerdo de este día memorable.

Desde 1878 hasta 1903 el papa León XIII se dedica a propagar con especial celo la devoción al santo Rosario. Este pontífice, llamado «El Papa del Rosario», dedica 12 encíclicas y 22 documentos menores a recomendar a los fieles el devoto rezo del Rosario. Y se refiere a él con las siguientes palabras: «La más agradable de las oraciones», «Resumen del culto que debe tributarse a la Virgen», «Una manera fácil de hacer recordar a las almas sencillas los dogmas principales de la fe cristiana», «Un modo eficaz de curar el demasiado apego a lo terrenal, y «Un remedio para acostumbrarse a pensar en lo eterno que nos espera».

El papa Juan Pablo II ha manifestado en repetidas ocasiones su predilección por esta oración. En 1978, sorprendió al mundo, poco después de ser elegido pontífice, con esta frase en la plaza de San Pe-

dro: «Mi oración preferida es el Rosario» (29 de octubre). Suyas son las siguientes palabras: «El Rosario es una escalera para subir al cielo» (29 de octubre 1979), «El Rosario nos proporciona dos alas para elevarnos en la vida espiritual: la oración mental y la oración vocal» (29 de abril 1979), «Es la oración más sencilla a la Virgen, pero la más llena de contenidos bíblicos» (21 de octubre 1979). Cuando fue en peregrinación al santuario de Nuestra Señora del Rosario de Pompeya, Juan Pablo II pronunció allí un bellissimo sermón en el que afirmó que «El Rosario es nuestra oración predilecta. Cuando la rezamos, está la Santísima Virgen rezando con nosotros. En el Rosario hacemos lo que hacía María, meditamos en nuestro corazón los misterios de Cristo» (Lc 2,19).

La oportunidad providencial del Rosario no se manifiesta sólo en el Magisterio de la Iglesia sino que es también una constante en los acontecimientos marianos del siglo XX: Lourdes y Fátima son la manifestación principal de ello. En las palabras de la Virgen en estas apariciones destaca siempre una petición insistente: «Rezad el Rosario». En el cumplimiento de esta petición la Virgen manifiesta que están puestas las esperanzas de salvación del mundo en este momento crucial y turbulento de la historia.

Y es que la Iglesia ha insistido en la importancia del Rosario como medio para alcanzar la paz, la paz verdadera, la paz de Cristo en el Reino de Cristo. El desarrollo del siglo xx, culmen de la modernidad, ha sumido a la humanidad en una espiral de guerra y matanzas sin par en la historia. Agotadas las esperanzas humanas, intensificada la violencia en el mundo, el Papa escribe en su última carta apostólica que «Las dificultades que presenta el panorama mundial en este comienzo del nuevo milenio nos inducen a pensar que sólo una intervención de lo Alto, capaz de orientar los corazones de quienes viven situaciones conflictivas y de quienes dirigen los destinos de las naciones, puede hacer esperar en un futuro menos oscuro». Y señala el medio por el que la paz puede ser obtenida: «El Rosario es una oración orientada por su naturaleza hacia la paz, por el hecho mismo de que contempla a Cristo, Príncipe de la paz y "nuestra paz"». Es por ello que Juan Pablo II afirma que «Hoy deseo confiar a la eficacia de esta oración la causa de la paz en el mundo y la de la familia».

Porque si hay otro aspecto evidente y repetido por todos los sumos pontífices es el carácter familiar del Rosario. Así, nos recuerda Juan Pablo II que «Además de oración por la paz, el Rosario es también, desde siempre, una oración de la familia y por la familia. Antes esta oración era muy apreciada por las familias cristianas, y ciertamente favorecía su

comuni3n. Conviene no perder esta preciosa herencia. Se ha de volver a rezar en familia y a rogar por las familias, utilizando todavía esta forma de plegaria». Retomando aquel célebre lema del padre Peyton, el Papa afirma que «La familia que reza unida, permanece unida... La familia que reza unida el Rosario reproduce un poco el clima de la casa de Nazaret: Jesús está en el centro, se comparten con él alegrías y dolores, se ponen en sus manos las necesidades y proyectos, se obtienen de él la esperanza y la fuerza para el camino».

Es una experiencia cotidiana y muy real, vivida por multitud de cristianos, la bendici3n que supone el Rosario para la vida familiar. Gracias a la facilidad con que los niños aprenden y rezan el Rosario van haciéndose presentes en la vida ordinaria todos los misterios de la vida de Cristo. Como dice el Santo Padre, es de vital importancia «Rezar el Rosario por los hijos, y mejor aún, con los hijos, educándolos desde su tierna edad para este momento cotidiano de «intervalo de oraci3n» de la familia».

La llamada del Papa debe movernos de modo especial a los miembros del Apostolado de la Oraci3n. Para rezar como quería el padre Ramière, por la conversi3n del mundo, el Rosario es la oraci3n más apropiada, una oraci3n confiada y continua, en sintonía con la voluntad de la Iglesia manifestada a través del Santo Padre. Rezando el Rosario rezamos por las intenciones del Papa.

En un mundo amenazado de tantas formas por la guerra y la discordia, el Rosario es la oraci3n por la paz que sólo Cristo vino a dar al mundo. En un mundo en que las familias no transmiten la fe a sus hijos, y no se transmite la fe porque no se reza, urge recuperar el rezo familiar del Rosario. Rezar el Rosario es confiar en la Virgen, es ella quien ha venido a decirnos dónde y cómo se realiza la salvaci3n de este mundo en sus reiteradas peticiones para que recemos el Rosario.

Para acabar quiero leer unas líneas de un venerable sacerdote de nuestra tierra, que Dios mediante veremos un día en los altares, mossèn Pere Tarrés. Al exhortar a los jóvenes de la Federaci3n de Joves Cristians, exclama: «Nosotros, queridísima juventud, os recomendamos que queráis encontrar en vuestro hogar aquella espiritualidad que hace tan llano el

camino espinoso de la vida. ¿Cómo? Convirtiéndose en propagadores de esta oraci3n dulce y suave, de esta salmodia popular, en vuestras familias, que se llama santo Rosario. Es la oraci3n de todos; todo el mundo la entiende: no se necesita cultura ni talento

y, sobretodo, amigos, agrada a Dios y a santa María. Es el lazo de uni3n de los elementos de una familia, que en el momento de rezarlo queda convertida en un templo viviente de piadosa plegaria. El Rosario es un himno de fe en el que se conmemoran de una manera sencilla y asequible los dogmas de nuestra santa religi3n. Es por excelencia la oraci3n de los humildes; salmodia popular, incienso de los hogares que extiende su perfume en cada uno de los miembros de la comunidad familiar. Siguiendo al Dr. Torras i Bages, el Rosario es la oraci3n social del pueblo cristiano, fácil de comprender para todos, pobres y ricos, sa-

bios e ignorantes; viene a ser como el pan que gusta a todos y alimenta. Oraci3n perenne del pueblo fiel. Liturgia popular que pone en comunicaci3n a los hombres con Jesús y María, ya que el Rosario es un compendio del Evangelio y el Evangelio es eterno. ¡Cuántos motivos tenemos para ser fieles devotos de esta práctica tan santa! Seamos apóstoles de ella».¹

1. «Nosaltres, caríssima joventut, us recomanem que vulgueu trobar en la vostra llar aquella espiritualitat que fa tan planer el camí espinós de la vida. Com? Convertint-vos en propagadors d'aquesta oració dolça i suau, d'aquesta salmòdia popular, dintre les vostres famílies, que s'anomena el sant Rosari. És l'oració de tots; tothom la capeix: no es necessita cultura ni talent, i sobretot, amics, plaent a Déu i a Santa Maria. És el llaç d'unió dels elements d'una família, que en el moment de resar-lo queda convertida en un temple vivent de pietosa pregària. El Rosari és un himne de fe, en el que es commemoren d'una manera senzilla i asequible els dogmes de la nostra santa religi3. Es per excel·lència la pregària dels humils; salmòdia popular, encens de les llars que escampa el seu perfum en cada un dels membres de la comunitat familiar. Seguint el Dr. Torras i Bages, el Rosari es l'oració social del poble cristià, fàcil de comprendre per a tothom, pobres i rics, savis i ignorants; ve a ser com el pa que agrada a tothom i alimenta. Oració perenne del poble fidel. Litúrgia popular, que posa en comunicació els homes amb Jesús i Maria, ja que el Rosari és un compendi de l'Evangelí, i l'Evangelí és etern. Quants motius tenim de ser fidels devots d'aquesta pràctica tan santa! Siguem-ne apòstols d'ella».



San Pío de Pietrelcina, testimonio de lo sobrenatural

FRA VALENTÍ SERRA DE MANRESA, OFM CAP.

Con el siguiente texto concluye la transcripción de la conferencia pronunciada, en lengua catalana, por el autor en la institución Balmesiana de Barcelona, el 11 de diciembre de 2002, dentro del ciclo de conferencias sobre la santidad en la vida cotidiana.

ANTES de tratar, de una manera más específica, sobre el sentido y la significación de los estigmas, habría que situar la cronología y la síntesis biográfica de Pío de Pietrelcina en el contexto más general de la historia social y de la Iglesia, porque esto nos ayudará a entender mucho mejor su intensa vida de oración, su vocación expiatoria y reparadora, elocuentemente realizada durante la celebración diaria de la santa Misa y, sobre todo, a entender la dedicación asidua a la confesión, de aquel hijo de san Francisco que, estigmatizado e incomprendido como su padre y fundador, tuvo que vivir la vida de cada día entre la dulzura de los éxtasis y la punzante dureza de las incomprensiones y de las vejaciones diabólicas.

En el año 1916 el padre Pío es destinado al convento de Foggia y, muy pronto, a San Giovanni Rotondo. Aquí, en agosto de 1918, un mes antes de recibir los estigmas, asume vivencialmente, con un firme compromiso de por vida, la consigna espiritual del gran papa san Pío X: «Santifícate y santifica a los demás», es decir, santificar santificándose, y aquí hemos de situar, precisamente, el núcleo más central de la espiritualidad sacerdotal del padre Pío: «orar y hacer orar / y santificar santificándose». Pío de Pietrelcina, después de tomarse muy en serio esta misión de santificarse para poder santificar, recibió la gracia extraordinaria de la transverberación del corazón, durante los días 5 y 6 de agosto de 1918, mientras confesaba en la pequeña iglesia de San Giovanni Rotondo. El nuevo santo capuchino, de memoria obligada para toda la Iglesia universal, a propósito de esta gran experiencia mística compartida con san Francisco, santa Teresa de Jesús y santa Verónica Giuliani, escribió a su director espiritual que «entonces me parecía morir y durante todo un mes me sentía como herido de muerte»; porque la transverberación es una prolongada y profunda llaga de amor producida en el corazón de los fieles que tienen un conocimiento profundo del amor de Dios y que, como san Francisco de Asís, saben y lloran que el Amor no es amado. La transverberación de fray Pío era la mejor preparación espiritual y mística para la recepción de los estigmas, que recibió el día 20 de setiembre de 1918, mientras contemplaba

el Cristo crucificado que hay en el coro de San Giovanni Rotondo, durante la oración mental, días después de la fiesta de la exaltación de la Santa Cruz y de la estigmatización de san Francisco. Con la recepción de los estigmas, el padre Pío adquiere la comprensión del sentido sobrenatural de su vida, y empieza a ofrecerse como víctima por toda la humanidad. Y es que, sorprendentemente, mientras nacía el futuro padre Pío, el 25 de mayo de 1887, el gobierno italiano de Francesco Crispi acababa de ordenar que fuese retirado el crucifijo de las aulas de los colegios italianos y, a pesar de esta voluntad secularizadora del gobierno italiano, se abría camino hacia la vida un niño que, por voluntad divina, llevaría en su cuerpo, durante cincuenta años, las señales de la Pasión, como un testimonio de lo sobrenatural.

La vida y misterio del padre Pío, por un designio divino inescrutable, se desarrolló siempre en las coyunturas más duras del materialismo y el positivismo ateos. Paradójicamente, mientras se configuraba una Europa positivista y atea, el dedo de Dios había marcado con las llagas de la Pasión de Cristo el cuerpo del joven Francesco Forgione, el famoso «Padre Pío da Pietrelcina», con la cautivadora misión de renovar en su propio cuerpo la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, con la conciencia de «sentirse una criatura de la que el Señor se servía para difundir sus misericordias», tal como escribió en julio de 1921, después de rechazar con firmeza, varias veces, el calificativo de santo. El padre Pío suscitaba una misteriosa fascinación y por eso con cierta frecuencia era bastante áspero y brusco con los fanáticos, con los curiosos y con los que demostraban un exceso de devoción hacia él; pero, incluso en medio de estos arrebatos de brusquedad, el padre Pío permanecía paternal porque quería corregir y canalizar los excesos de las masas fanatizadas.

Aquellas llagas, cuya causa ningún médico pudo encontrar y que ningún remedio consiguió cicatrizar, desaparecieron pocos días antes de la muerte del padre Pío, sin dejar ninguna señal visible en la piel del difunto, mientras el cadáver del venerable capuchino empezaba a desprender un agradable y perceptible aroma de santidad.

A lo largo de cinco decenios, el dedo de Dios había marcado el cuerpo del padre Pío con unas llagas bien visibles, como un signo de atracción hacia la sobrenaturalidad, llagas que, día tras día, fueron las «credenciales» de la gran misión que el humilde capuchino debía realizar de parte de Dios. Una vez cumplida la misión, y muy poco antes de acabar sus días fray Pío de Pietrelcina, servidor fidelísimo para la salvación de muchos, Dios le quitó los estigmas, para ayudarnos a tomar conciencia de que las llagas de fray Pío eran una señal de la sobrenaturalidad en el cuerpo de aquel fraile capuchino, como las credenciales de la misión divina que le había sido confiada. Todo esto ratificó a los que habían tratado a san Pío de Pietrelcina que aquellas llagas que habían marcado el cuerpo durante medio siglo y que también sobrenaturalmente desaparecieron sin dejar rastro, pertenecían a la historia carismática de la Iglesia, y que como un don extraordinario del Señor, necesariamente, implican una comprometedor función expiatoria y reparadora. Las llagas del padre Pío convirtieron a aquel humilde sacerdote capuchino en un extraordinario testimonio de lo sobrenatural, con una gran capacidad de atracción de fieles de toda condición, en el marco de una cultura racionalista y secularizada.

La vida y misterio de este estigmatizado de nuestros días se convierte en un verdadero «signo de los tiempos». Efectivamente, en una época caracterizada por el materialismo, en la que a menudo se proclama la «muerte de Dios», el padre Pío (verdadero testimonio de lo sobrenatural) hizo sentir a muchos la necesidad de la vida espiritual. Más aún, la cultura progresista, que ridiculiza las prácticas de la devoción popular, se ha encontrado con un verdadero fenómeno de masas que suscita este nuevo santo de la familia franciscana, auténtico framenor capuchino que, con una piedad sencilla y casera, «rezaba y hacía rezar», desgranando rosarios, practicando el viacrucis, arrodillándose ante el Santísimo y saludando amorosamente las imágenes sagradas, especialmente las de la Virgen María.

Y los hombres y mujeres de nuestros días, que alegremente niegan la existencia del diablo, han encontrado en la vida y misterio del padre Pío, una prueba elocuente y palpable de su aterradora existencia y de su nociva actuación. Y nuestro mundo, autosuficiente con sus falsas seguridades, y que se rebela contra la obediencia, ha encontrado en el padre Pío un místico de gran altura espiritual que constantemente pedía iluminar su experiencia religiosa a la luz de la obediencia a los superiores y al director espiritual. Y nuestro siglo, egoísta y materialista, ha encontrado en la vida y misterio del padre Pío un corazón sacerdotal que sabía acoger paternalmente a los fieles en el secreto de la confesión, hasta el agotamiento de las fuerzas físicas. Y finalmente, una época como la nuestra, alérgica al dolor y a la cruz

ha podido contemplar en el padre Pío a un hombre crucificado con Cristo, con el cuerpo sellado con los estigmas de la Pasión, convirtiendo todos los instantes de su existencia temporal en una lección de amor y de obediencia, de abandono y de confianza en Dios. En efecto, ante las persecuciones y calumnias, el silencio y la obediencia del padre Pío nos recuerdan la aceptación de Jesús en Getsemaní, porque «el estigmatizado del Gargano» pagaba la conversión de no pocos penitentes que se acercaban a su confesionario con el sufrimiento personal, la penitencia corporal y la aceptación alegre de la cruz.

A raíz de la muerte del padre Pío, ocurrida el 23 de setiembre de 1968, durante cuatro días una multitud inmensa desfiló ante sus restos. A la misa funeral, celebrada al atardecer del día 26 acudieron más de cien mil personas, entre ellas el ministro general de los framenores capuchinos y otras autoridades eclesiásticas. Desde entonces, cada año más de ocho millones de personas visitan la tumba del padre Pío en San Giovanni Rotondo, tres millones más que el santuario más concurrido de Europa, que es el de Lourdes. Todo esto obliga a hacer realidad el proyecto de edificar el templo con mayor capacidad del mundo (después del de San Pedro del Vaticano) para acoger holgadamente los grupos numerosos de fieles. Y es que en la vida del padre Pío hay mucho misterio, muchas cosas sorprendentes y extraordinarias, hay sobrenaturalidad, inexplicable para la ciencia, manifestada con una diversidad de fenómenos como, por ejemplo, la bilocación, el don de penetración de las conciencias, el don de profecía, los perfumes misteriosos del olor de la santidad y, sobre todo, las llagas o estigmas que, tras cincuenta años de llevarlos grabados, desaparecieron completamente unos días antes de la muerte del padre Pío, sin dejar rastro ni señal; en efecto, la noche del 23 de setiembre de 1968, poco antes de morir, al padre Pío se le había desprendido la costra de la llaga de la mano derecha, el último residuo de toda la sangre derramada y de los tejidos musculares que durante cincuenta años estuvieron consumidos y destruidos por el dolor. Al lado de estos aspectos de la irrupción de lo sobrenatural, hay en torno al padre Pío muchas acciones humanas reprobables, como son: las calumnias, la persecución, las condenas; gravísimas y dolorosas situaciones, de muy difícil explicación si no se admite un plan divino, misterioso y providencial, consistente en cargar al padre Pío de Pietrelcina la difícilísima misión y tarea de ser corredentor y víctima por los pecadores.

Sí, en la actuación sacerdotal del padre Pío, a lo largo de su vida temporal y, sobre todo, después de su muerte encontramos, efectivamente, gran multiplicidad de milagros y curaciones reconocidas como «inexplicables» por la ciencia médica como es, por ejemplo, el milagro escogido para su beatificación: la curación repentina, completa y permanente de la

señora Consiglia de Martino, de 43 años, casada con Antonio Rinaldi, residente en Salerno (Italia), miembro de los Grupos de Oración del Padre Pío, que afectada por una rotura torácica, sin ninguna terapia ni intervención quirúrgica, fue curada, el día antes de ser operada, el 30 de abril de 1998, por la intercesión directa del padre Pío, tal como lo reconoció la comisión médica, afirmando que era algo «inexplicable a la luz de la medicina actual». O también el milagro aprobado el 22 de noviembre de 2001 por la Comisión Médica de la Congregación de las Causas de los Santos y escogido para la canonización, en el que se declara «científicamente inexplicable» la curación, por la intercesión del padre Pío, de un niño de ocho años ingresado en enero del 2000, en estado gravísimo, en la Casa Sollievo della Sofferenza, el mismo hospital que había levantado fray Pío de Pietrelcina.

A pesar de todo, algunos pensadores y teólogos de nuestros días, todavía anclados en la ideología modernista, y algunos sectores de la ciencia contemporánea, todavía excesivamente condicionada por el positivismo decimonónico, ante estas curaciones «científicamente inexplicables» se resisten, tozudamente, a utilizar la palabra milagro en la curación de este niño y de esta mujer de Salerno que, mientras se encontraba en el hospital para someterse a una intervención quirúrgica por la rotura del cuello del tórax escuchó claramente la voz del padre Pío que le decía: «yo soy tu médico y te he curado». Obviamente, ante la mejora repentina, la operación quedó en suspenso. Después, los análisis clínicos, confirmados por las radiografías, demostraron que la mujer estaba completamente restablecida. A raíz de este suceso, el profesor Raffaello Coretesini, cirujano de la Universidad de la Sapienza de Roma, analizó el caso en el marco del proceso de beatificación del padre Pío y aseguró que en la actualidad «es científicamente inexplicable». El 21 de diciembre de 1998, el papa Juan Pablo II, reunido con los miembros de la Sagrada Congregación de los Santos, aprobó la validez de este milagro atribuido al padre Pío de Pietrelcina y se determinó la beatificación para el 2 de mayo de 1999.

En el pórtico-editorial del número de marzo-abril de 1999 de la publicación periódica de los frañesores capuchinos *Catalunya Franciscana*, leemos: «Desde aquel lejano [1918]-1919 hasta la muerte del fraile, ocurrida el 23 de septiembre de 1968, el padre Pío se convirtió en uno de los religiosos más populares de nuestro siglo, hasta convertirse para muchos estudiosos de la espiritualidad [contemporánea], en el más significativo exponente de la mística sacerdotal de nuestro tiempo». Sí, y en este mismo sentido, tal como afirmó recientemente Juan Pablo II, «la fecundidad misteriosa de la larga vida sacerdotal y de fraile hijo de san Francisco, del

padre Pío de Pietrelcina continúa actuando de manera [cada vez más] creciente»; una misteriosa fecundidad, ya que aquel que quería «santificar santificándose», sólo aspiraba a ser, en sus propias palabras, un «sacerdote que oraba», y a la vez deseaba ardientemente, también, que todo el mundo rezara; de ahí que fundara los famosos «Grupos de oración del Padre Pío», hoy extendidos por todo el mundo y estructurados, también, en la parroquia barcelonesa de la Purísima Concepción, vinculados al Apostolado de la Oración con el nombre de «Amigos del Padre Pío».

El pueblo fiel, desde un afinadísimo *sensus fidelium*, y desde un gran amor al padre Pío lo canonizó ya en vida a través del fervor popular, el entusiasmo y el olor de multitudes. Y como coronación de la vida y misterio del padre Pío de Pietrelcina, las mismas congregaciones romanas que le habían condenado, después de declarar repetidamente que «no les constaba la sobrenaturalidad», ahora, en los inicios de este *tertium millennium*, le proclaman santo en medio de la multitud de fieles más numerosa de toda la historia de las canonizaciones. Que él, san Pío de Pietrelcina, humildísimo frañenor capuchino, y santo sacerdote, ruegue por nuestras necesidades espirituales, y nos ayude a vivir los retos espirituales del *novum millennium*, y que nos enseñe a hacerlo con un ardor nuevo, con una mayor dedicación a la vida de oración y, también, con una renovada fidelidad y, sobre todo, con el deseo de ser, todos y cada uno de nosotros, verdaderamente santos, porque el Señor, que es el único Santo, quiere que compartamos su santidad viviendo a fondo su voluntad, que hallamos admirablemente expresada en su divina Palabra. El padre Pío es invocado por el pueblo fiel en el mundo entero. Él, el padre Pío nos señala todos los medios para alcanzar la santidad, que es el principal objetivo de la vida cristiana; una santidad que alcanzamos progresivamente si como él vivimos a fondo, y con toda la intensidad del corazón los misterios de la fe, especialmente la santa Misa. Pedimos a san Pío de Pietrelcina, el capuchino estigmatizado, que nos enseñe el camino para alcanzar un mayor amor a Dios y, también, un compromiso de solidaridad caritativa hacia los que más sufren, luchando para ser para los demás «sollievo della sofferenza».

Que María, la Madre de Dios, modelo de esperanza y de entrega a Dios, Madre nuestra Inmaculada, que el padre Pío invocaba cada día con la bellísima invocación de «Santa María de las Gracias», nos conceda la gracia, el don, de poder seguir la huella espiritual de este humilde capuchino tan querido del pueblo fiel y que tan asiduamente dispensó la misericordia divina ofreciendo, desde el confesionario su disposición hacia todos mientras era reflejo perceptible de la misericordia divina.



Pequeñas lecciones de historia

Los puestos importantes y las ansias de conseguirlos

GERARDO MANRESA

La elección de Lotario III como emperador del Sacro Romano Imperio

ESTAMOS en 1125. El imperio de Occidente se encuentra vacante por la muerte de Enrique V y se ha de elegir quien lo rija. El arzobispo de Maguncia, Adalberto, envía a todos los príncipes la circular en la que les cita para la elección del nuevo emperador, que va a realizarse en dicha ciudad el 24 de agosto.

Se reunieron en Maguncia más de seis mil caballeros y la multitud del pueblo era innumerable. La presencia de Sugerio, abad de Saint-Denis y consejero de los reyes de Francia, y de dos cardenales y casi todos los príncipes demostraba la importancia de dicha elección.

Federico II de Suabia, seguro de su elección, pues era el preferido por el emperador anterior que, al morir, le nombró heredero de los bienes regios, cree que su presencia no es necesaria y no acude a la cita.

Primero se eligió una comisión de cuarenta personas distinguidas, diez de cada Casa, de Baviera, Franconia, Suabia y Sajonia. Estas personas, tras largas deliberaciones, eligieron a cuatro príncipes como los más dignos del trono: Carlos, conde de Flandes, hijo de san Canuto de Dinamarca, el cual, pío como su padre, como su padre fue asesinado dentro de una iglesia dos años más tarde, con fama de santidad; Leopoldo III de Austria, que luego fue santo patrono de su país; Lotario de Supplinburg, que pasaba por valiente, experto en guerra, justo y piadoso, y, finalmente, Federico II de Suabia.

Carlos no se hallaba presente y ya no se le volvió a mencionar. Leopoldo y Lotario rogaron de rodillas que no se echara en sus hombros aquella grave carga; así pasó el primer día de la elección.

El segundo día, Federico, enterado del estado de las cosas, se presentó en la asamblea de los príncipes, creyendo que no tenía más que expresar su asentimiento a la elección y sería elegido. Entonces se levantó el arzobispo de Maguncia y propuso a los tres príncipes la pregunta: si prometían someterse a aquel de ellos que los príncipes escogieran, sin envidia, ni resistencia, a honra de la Iglesia y del Imperio y en reconocimiento perpetuo de la libertad de elección. Lotario y Leopoldo asintieron, mas Federico sospechó una estratagema por parte de Adalberto y se marchó de la sala diciendo que sin volver a tratarlo con los suyos no podía contestar a esta pregunta. Esto influyó en perjuicio suyo; se dijo que quien antes de su elevación se portaba con tanta soberbia, sería muy peligroso si llegara a tener la coro-

na en la cabeza. Después de muchas negociaciones, la asamblea, el tercer día, pasó de nuevo a la elección. Entonces exclamaron muchos: ¡Lotario debe ser rey! Los que estaban dentro le llevaron en torno con júbilo, la multitud de afuera penetró en el local de la asamblea. Inútilmente clamó Lotario en alta voz contra esta aclamación y los obispos bávaros gritaron que se hacía violencia. A pesar de ello, Enrique el Negro, de Baviera dio también la aprobación a la elección de Lotario y éste fue elegido por unanimidad a pesar de su rechazo a la aceptación del cargo.

Las reglas electorales en el municipio de Barcelona

En el año 1249, siendo rey Jaime I, se crearon las instituciones para el gobierno y la administración de las ciudades de Cataluña. Para la ciudad de Barcelona se nombraron cuatro *paers* (*paciarri*), o prohombres de la ciudad, los cuales tenían la facultad de nombrar los consejeros, *consellers*, que creyeran necesarios para trabajar por la ciudad.

Tal como Ferran Soldevila expone en su Historia de Cataluña: «los *paers* no podrán recibir ningún donativo, ni servicio, ni siquiera el salario que haya sido establecido, sino que han de entender de tener gratis y sin retribución, por aquel año, el gobierno y la administración de la ciudad. Tampoco podrá ningún ciudadano, por ningún motivo, excusarse de ejercer el cargo y aquel que haya ejercido el cargo un año no podrá ejercerlo el siguiente».

En los años siguientes se fueron cambiando el número de *paers* y el de consejeros: así se llegó al Consejo de Ciento, pero la disposición del tiempo de duración del encargo de gobierno no varió en los años siguientes.

No es necesario resaltar el contraste de los hechos del siglo XII, así como las reglas de nombramiento de los *paers* o alcaldes de las ciudades con lo que ocurre hoy en día. No es difícil deducir de ello que ha habido un cambio de actitud en la aceptación de los puestos de gobierno entre aquella época y la actual.

En todos los tiempos ha habido personas que han deseado alcanzar el poder y han actuado inmoralmente para conseguirlo; pero, si nos fijamos, en la actualidad, no sólo se aspira a llegar arriba y no dejarlo, sino de repartir prebendas a todos los amigos, ya sean del partido ya sean de potentes grupos económicos afines que puedan devolver dichos favores.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

«Bienaventurados los perseguidos por razón de la justicia porque de ellos es el reino de los cielos.»

La Iglesia continúa siendo perseguida a lo largo de todo el orbe, moral y físicamente. Muestra tangible de ello son las noticias que nos llegan referentes a la persecución religiosa que sufren los cristianos de todo el mundo. Según informó la Misión Puertas Abiertas la represión religiosa es especialmente grave en países como Corea del Norte, Arabia Saudita, Vietnam, Laos, Turkmenistán, Paquistán, Bután, Maldivas, Somalia e Irán, aunque no se limita únicamente a estos países. Dicha misión estima que en todo el mundo hay 200 millones de cristianos que sufren algún tipo de persecución mientras que otros 200 millones padecen discriminación a causa de su fe.

Así, durante este último mes de mayo, una parroquia de la ciudad de Bunia fue asaltada y 14 personas (entre ellas dos sacerdotes) murieron en el ataque, mientras la semana pasada ya había sido asesinado otro sacerdote congoleño en la República Democrática del Congo.

En Sudán, desde la imposición de la *sharia* en 1983, agudizada por un creciente proceso de islamización desde 1989, las poblaciones del sur del país, en su mayoría cristianas o animistas, son sistemáticamente masacradas.

En la India, una ley del gobierno del estado regional de Gujarat, aprobada el 26 de marzo pasado, pretende obligar a las personas que deseen cambiar de religión a pedir permiso a las autoridades civiles.

En Uganda, 40 seminaristas del seminario menor de Lachor, al norte del país, han sido secuestrados por la guerrilla del Lord's Resistance Army (LRA) la noche del sábado 10 de mayo, sin que el ejército gubernamental opusiera ninguna resistencia. Los rebeldes ugandeses saquean la sacristía de la catedral de Gulu y secuestran a un misionero, ya liberado. Los rebeldes del LRA ya habían saqueado el jueves 24 de abril, la sacristía principal de la catedral de Gulu y Palabek, otra misión católica de dicha archidiócesis, también ante la pasividad del ejército presente en la zona con un fuerte contingente.

En Colombia, un sacerdote fue asesinado el día 15 de mayo en su parroquia de la aldea de

Yerbabuena, en la zona rural de Chía. Colombia se ha convertido en uno de los países más peligrosos para sacerdotes, a causa de los asesinatos atribuidos a grupos guerrilleros y a la delincuencia común.

El siglo XXI continuará siendo un siglo de mártires, consolados por las palabras de Nuestro Señor: «Bienaventurados los perseguidos por razón de la justicia porque de ellos es el reino de los cielos.» (Mt 5,10)

Fin de la fase diocesana del proceso de beatificación de Antonio Gaudí

El pasado martes 13 de mayo, el cardenal arzobispo de Barcelona, Ricard Maria Carles, presidió la sesión solemne de clausura de la fase diocesana del proceso de beatificación del arquitecto Antonio Gaudí (1852-1926), en la que estuvieron presentes el juez delegado en el Tribunal diocesano, Josep Maria Blanquet, el promotor de Justicia, Jaume Riera, el notario actuario, Jesús Díaz, el vicario episcopal de Barcelona ciudad, Joan Galtés, el vicepostulador de la causa y actual párroco del templo de la Sagrada Familia, Lluís Bonet i Armengol, los obispos auxiliares Joan Carrera y Pere Tena y los miembros de la Asociación Pro Beatificación. Después de tres años de investigación y de entrevistas con testimonios, el Tribunal de la diócesis de Barcelona, encargado de la causa, ha elaborado un documento de más de 1.000 páginas que será enviado al Vaticano para su aprobación final.

«Gaudí —explicó Lluís Bonet— fue un hombre de fe en nuestro Señor Jesucristo, en los misterios de su infancia, muerte, pasión y resurrección; con un gran sentido eclesial y de fidelidad a la Iglesia; con una vida de piedad que seguía los consejos evangélicos, en la que destacaba sobre todo su austeridad», «su sentido de admiración por la obra creadora de Dios y su sentido de responsabilidad profesional, de trabajo bien hecho».

La Asociación Pro Beatificación de Antoni Gaudí ha reunido más de mil hojas con testimonios sobre la fama de santidad del arquitecto catalán, que entregará a la Congregación para la Causa de los Santos en el Vaticano.

Ahora se inicia la segunda fase del proceso, en la que un postulador y un relator elaboran un informe

o *positio* sobre el candidato a santo. Para lograr la beatificación definitiva del arquitecto, el informe de santidad de Gaudí debe ser aprobado sucesivamente por un grupo de expertos (historiadores y teólogos), por una junta de cardenales y obispos y finalmente por el papa.

¡Basta a toda destrucción de nuestras familias!

El episcopado mexicano, reunido en asamblea plenaria del 28 de abril al 2 de mayo en Monterrey, ha publicado un *Mensaje a las familias mexicanas* en el que constatan con pesar que muchas familias se están desintegrando.

Las causas de esta difícil situación –afirman los obispos– están sobre todo en la desvalorización del sacramento del matrimonio que ha llevado a considerarlo como un simple contrato privado y, por tanto, que se puede deshacer libremente. Entre los otros motivos de esta crisis se encuentra la banalización de la sexualidad, reducida a un simple medio de placer que instrumentaliza a las personas; el recurso a la anticoncepción, al aborto, etc., para evitar la concepción del hijo y, por otro lado, el recurso a la procreación y a la manipulación asistida con el fin de tener un hijo «a medida», esto es, cuando se quiere y como se quiere. «Dios ha querido que la familia sea el santuario de la vida» y, por tanto, toda forma de manipulación tanto para evitar los hijos como para procrearlos a través de medios no naturales es de particular gravedad.

Ante estas y otras situaciones que afectan a las familias, el episcopado mexicano alza su voz para decir con fuerza: «¡Basta! a toda destrucción de nuestras familias... La familia es uno de los bienes más preciosos de la humanidad. Si llegáramos a perderla, nos privaríamos de la célula vital de la sociedad, pues ella es formadora de las personas y comunidad fundamental sobre la que se apoya el conjunto de las relaciones sociales». El mensaje concluye reafirmando el compromiso de la Iglesia a favor de la familia: «La familia es la prioridad básica de nuestra pastoral para que sea santuario de la vida, se promueva la paternidad y maternidad responsables a la luz del Magisterio, se reactive en todas las comunidades la catequesis familiar, se forme oportunamente a los jóvenes para la vida matrimonial y familiar, se acompañe y ayude a los esposos a fortalecer su relación matrimonial y se acoja con amor a

las familias que atraviesan por una situación difícil y se acompañe a las personas que se encuentran en situación irregular».

La causa de beatificación de Louis y Zelig Martin, pronto en Roma

Tras Luigi i Maria Beltrame Quattrocchi, Louis y Zelig Martin, padres de Sta. Teresita del Niño Jesús, podrían ser el segundo matrimonio beatificado simultáneamente.

La causa de beatificación de Louis y Zelig Martin, hoy venerables, avanza rápidamente y, según anunciaba el diario *Avvenire*, sólo falta la firma del cardenal Dionigi Tettamanzi, arzobispo de Milán, para cerrar la fase diocesana del proceso.

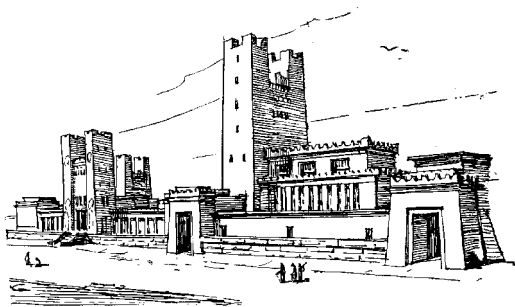
Terminada la investigación diocesana y recogida toda la documentación necesaria respecto al milagro obtenido por la intercesión de los esposos, los resultados serán enviados a Roma para su análisis por los respectivos comités médicos y teológicos.

El milagro, acaecido en Milán, tuvo lugar hace un año, en junio de 2002, cuando Pietro Schiliro, recién nacido con los pulmones extremadamente deformados, incapaz de respirar y, por tanto, abocado a una muerte inminente, mejoró inexplicablemente después de que sus padres dedicaran una novena al matrimonio Martin para que les concediera la curación de su hijo. Hoy es un niño totalmente sano.

Muere el padre Antonio Ferrua, descubridor de la tumba de san Pedro

El pasado 26 de mayo fallecía a los 102 años de edad el padre jesuita Antonio Ferrua, arqueólogo que descubrió e identificó la tumba y las reliquias del apóstol Pedro bajo la basílica vaticana de San Pedro.

Por encargo del papa Pío XII, el padre Ferrua encabezó las excavaciones arqueológicas en las que, entre 1944 y 1949, se halló la cripta auténtica del Apóstol. Asimismo y también por encargo de Pío XII, dirigió la reconstrucción de la basílica de San Lorenzo, gravemente dañada por los bombardeos de Roma durante la II guerra mundial. Durante más de cincuenta años, fue catedrático del Pontificio Instituto de Arqueología Cristiana y, desde 1948, conservador del Museo Sacro de la Biblioteca Vaticana.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

La paz que no llega

Si alguien tenía la esperanza de que la invasión de Iraq iba a poner fin a la amenaza terrorista, los sucesos de los últimos días han frustrado dichas expectativas. La ola de atentados en Arabia Saudí, Chechenia, Israel, Marruecos y Turquía ha demostrado que la reciente guerra no ha deteriorado la capacidad operativa del terrorismo islámico internacional. Algo que no sorprende a nadie, pues nunca ha sido posible probar ningún tipo de conexión entre Saddam Hussein y la red de Ossama Bin Laden. Nos presentaron la invasión de Iraq como un paso decisivo en la lucha contra el terrorismo; simplemente no era verdad.

El atentado de Riad, perpetrado en una urbanización para occidentales, que se cobró la vida de más de noventa personas, entre ellas diez norteamericanos, tiene una especial importancia. Primero, por su impacto simbólico, al hacerlo coincidir con la visita de Colin Powell al país, demostrando así la capacidad de ejecutar un gran atentado en una fecha escogida y a pesar de todas las precauciones tomadas (días antes la policía saudí había detectado un comando terrorista que no pudo detener). En segundo lugar, en un momento en que se anuncia el desmantelamiento de las bases estadounidenses en Arabia Saudí, la tierra santa islámica, los atentados suponen una atribución a la red terrorista Al Qaeda del mérito de esta retirada (a pesar de que los Estados Unidos aseguren su presencia en la zona con nuevas bases en el vecino Qatar). En tercer lugar, dan un inequívoco mensaje de distanciamiento respecto de los regímenes laicos árabes. La esperada reacción ante la invasión de Iraq, en forma de atentados indiscriminados no se produjo. Muchos concluyeron que Al Qaeda era incapaz de ello; esta ola de atentados indica que, tras la reorganización a que se vio obligada tras la guerra de Afganistán, ahora sí lo es, pero que no va a mover un dedo a favor de aquellos regímenes no estrictamente islamistas. Es por tanto previsible que, en caso de una hipotética ofensiva contra Siria, Al Qaeda tampoco lanzase una ofensiva terrorista. Por último, el atentado tiene un impacto directo sobre la estabilidad de Arabia Saudí, un país cuestionado al mismo tiempo por su aliado Estados Unidos y por la oposición islamista radical. No hay que olvidar que Ossama Bin Laden ha reiterado en numerosas ocasiones que uno de sus objetivos primordiales es Arabia Saudí y que precisamente basa en este dato su paralelismo con Mahoma, que también hubo de huir de La Meca a Medina para regresar triunfante años después.

Cada vez parece más claro que Estados Unidos, con su invasión de Iraq, ha abierto la caja de Pandora de la región con mayor potencial de explosión del planeta. A la inestabilidad en Arabia Saudí se suma precisamente la situación en Iraq, que confirma los motivos por los que George Bush padre decidió, en 1991, finalmente no derrocar el régimen de Hussein. El caos en que se halla sumido el país, que ha obligado a un cambio de hombre fuerte norteamericano en la zona, está siendo aprovechado por la mayoría chiíta para tomar posiciones en orden a hacer valer su mayor peso demográfico en la configuración del nuevo poder iraquí. El retorno del ayatolá Hakim, después de 23 años en el exilio iraní, parece indicar que Irán está dispuesto a apoyar una opción que ocupe el vacío de poder existente con una orientación afín a la iraní, lo cual no augura nada bueno para una de las grandes víctimas del conflicto, la población cristiana caldea iraquí.

Tras los atentados del 11 de septiembre, la guerra de Afganistán y la invasión de Iraq, estaríamos entrando en una cuarta fase del conflicto. Esta fase se caracterizaría por la entrada de nuevos actores, como Irán, episodios de revueltas locales aprovechando los vacíos de autoridad en la zona, y un goteo de acciones terroristas que tendrían como objetivo final la expulsión de los «infieles» de los lugares santos del islam. Y uno de estos lugares santos, el tercero en importancia después de La Meca y Medina, es Jerusalén.

El Monte del Templo, motivo de disputa

Y si hablamos de la Ciudad Santa, hemos de hacernos eco de la reciente polémica en torno a su lugar más sensible, el Monte del Templo, según los judíos, o la Explanada de las Mezquitas, o Explanada de Al-Aqsa, para los musulmanes. La disputa permanente que acerca de este lugar mantienen las dos comunidades, se ha intensificado a raíz de unas declaraciones del ministro israelí de Seguridad Interior, Tzahi Hanegbi, en el sentido de que «muy pronto, antes de lo que muchos se esperan, los judíos podrán rezar en el Monte del Templo de forma individual».

La reacción de Adnan Huseini, custodio de los lugares santos musulmanes o Wakf, no se hizo esperar. En unas declaraciones advirtió a Israel de que no autorice rezos de judíos en el Monte del Templo o las consecuencias podrían ser imprevisibles. Huseini explicó también que «la Explanada de las Mezquitas puede ser visitada

(por extranjeros), pero según la ley islámica los únicos que pueden rezar en ella son los musulmanes».

Los judíos, hasta el momento, deben conformarse con venerar la única pared que queda en pie del muro exterior de contención del perímetro donde se asentaban los templos de Salomón y Herodes, conocida como Muro Occidental o Muro de las Lamentaciones. Esta última polémica viene a confirmar que no renuncian a poder orar un día allí donde sus antepasados hablaron con Yahvé.

Otras guerras, otros gulags

A menudo nuestra atención está tan centrada en las primeras planas de los periódicos que olvidamos que hay vida más allá de la última crisis internacional, llámese ésta Afganistán, Iraq o Corea del Norte. No estará de más, por ejemplo, dedicar unos segundos a Eritrea, el joven y pequeño estado costero del mar Rojo que accedió a la independencia hace ahora diez años, después de veinte años de guerra contra la Etiopía de Mengistu. Las esperanzas que se abrieron en esta nueva etapa se han diluido con rapidez bajo la égida del marxista Partido del Pueblo Eritreo para la Democracia y la Justicia, que ha implantado un totalitarismo militarista que ahoga al país.

Eritrea es un caso que desmiente muchas ideas preconcebidas: en África se habla de las culpas del colonialismo, ciertas en muchas ocasiones, pero el balance de la presencia italiana en la región es indiscutiblemente positivo, también se habla de la explotación occidental actual, pero desde hace treinta años tanto Etiopía como Eritrea han tenido regímenes de socialismo real con escaso contacto comercial con Occidente y han sido incapaces de explotar los recursos naturales de los que disponen. De lo que sí han sido capaces, ante la indiferencia de la, en otras ocasiones, hipersensible opinión pública internacional, es de arrestar sin motivo a los disidentes,

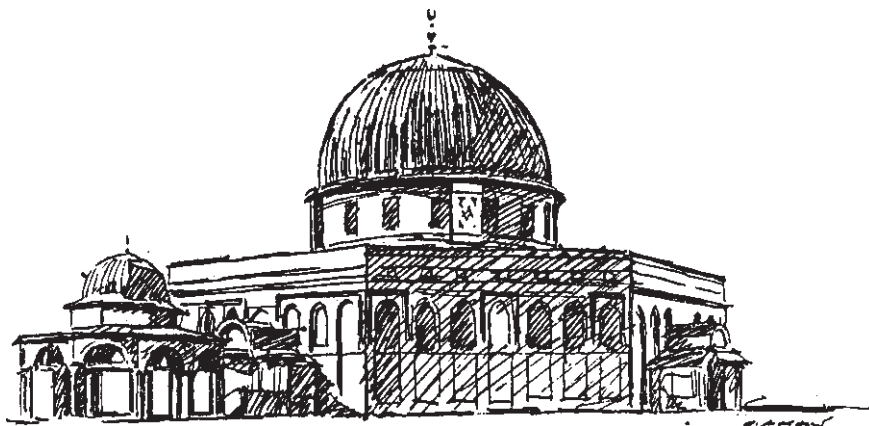
condenarlos sin proceso y declararlos desaparecidos una vez han entrado en las cárceles de las que nunca más saldrán.

La guerra sostenida a partir de mayo de 1998 entre Eritrea y Etiopía ha causado 100.000 muertos y ha intensificado más si cabe la miseria en la región. Tal y como explica la revista de los Padres Blancos, la situación es tan crítica que son muchos los jóvenes eritreos que huyen del país e intentan entrar ilegalmente en Italia. Muchos de ellos intentan escapar del reclutamiento forzoso en el ejército «popular», que cuenta ya con 300.000 efectivos (dado que Eritrea cuenta con algo más de tres millones de habitantes, es como si en España hubieran cuatro millones de militares). Y mientras tanto, el silencio occidental es atronador.

El islam, modelo de tolerancia

ESA es al menos la etiqueta que la moderna historiografía ha colocado a un islam enfrentado a un cristianismo inquisitorial e intolerante. El problema es que, datos en la mano, la tesis no se sostiene. Un último ejemplo de la actitud real del islam la constituye la prohibición de la Biblia en Malasia.

De los 20 millones de malayos, el 52 % son musulmanes, y sólo un 8 % cristianos. Pero casi todos los mahometanos se concentran en la península, Malasia Oeste, mientras que en el estado insular de Sarawak (Malasia Este), el más extenso pero menos poblado de la federación, son minoría. No obstante, la presión musulmana acaba de hacer realidad la prohibición de que en Sarawak circulen versiones de la Biblia en la lengua local, el iban, pese a que el 30% de los ibanés son cristianos. El arzobispo católico de Kuching, monseñor Datuk Peter Chung, ha recordado a los gobernantes malayos que la Biblia estaba distribuyéndose en la lengua nativa desde 1988 y les ha instado a retornar a dicha situación.



ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

EVAN McIAN

Tríptico romano

Juan Pablo II

Traducción: Bogdan Piotrowski

Murcia, Universidad Católica San Antonio, 2003

LA Universidad Católica de Murcia sigue sorprendiéndonos por sus frutos. Tras la visita del papa a España, en la que todos pudimos ver el masivo camisetamen de la UCAM, tras la inmensidad neocatecumenal que invadió la capital entre el entusiasmo y los cantos, tras la obra católica innegable que es esa Universidad, aparecida en un antiguo monasterio jerónimo, entre el barroco, las oraciones y el arduo trabajo de unos pocos, tras todo esto, y mucho más, parece que la Libreria Editrice Vaticana le ha concedido a la UCAM el privilegio de editar este tomito con el último poemario breve de Su Santidad.

Hacia tiempo que Wojtyla no se ponía a escribir poesía. Su tiempo ha sido ocupado por otros menesteres más graves y urgentes. Pero el pasado verano volvió a las andadas, se dejó de nuevo llevar por esa musa que tanto había cultivado en su juventud. En Castelgandolfo, retirado un par de semanas, después del farrago de los viajes, el papa hizo florecer también su descanso, poniéndose a escribir poesía como los profetas, siguiendo la inspiración suscitada por el Espíritu Santo.

En *El nacimiento de los confesores* Wojtyla nos dice: «Pero si en mí está la verdad debe explotar, no puedo rechazarla, me rechazaría a mí mismo.» Esa frase escrita por el papa hace tanto tiempo encierra una de las claves de su pontificado, que en ningún momento se ha limitado a recordar la perenne actualidad de la ortodoxia, sino que ha hecho continuos esfuerzos porque la Verdad que aprendió de sus padres pueda llegar a los hijos de esta época post-ideológica en que la cultura, como nos dice el Premio Nobel Imre Kertész, es un holocausto, porque «ha pasado una época, y cierta actitud humana parece ya irrecuperable, como los años, como la juventud. ¿En qué consistía esta actitud? Era el asombro del ser humano ante la creación: la admiración por el hecho de que esta materia que se descompone —el cuerpo humano— vive y tiene alma; ha desaparecido el asombro ante la existencia del mundo y con él, de hecho, el respeto, la devoción, la alegría, el amor por la vida.»

Llevar el Evangelio a la cultura, ese es uno de los mensajes recurrentes en el magisterio de Juan Pablo II. La Iglesia católica ha demostrado ampliamente que es capaz de preservar la verdad a lo largo de los siglos. Su nueva misión, piensa el papa, es llevar ese acontecimiento presente que es Cristo a la cultura, a nuestra

cultura, esa cultura de la que Kertész nos dice que ha perdido la capacidad de admirarse, de asombrarse. Por eso, el primer poema de este *Tríptico romano* se llama «Asombro» y comienza así: «La bahía del bosque baja/ al ritmo de arroyos de montaña,/ en este ritmo Te me revelas,/ Verbo Eterno.» Pero Dios no se nos revela solamente en la naturaleza, también nos sale al encuentro en el arte, en la cultura. Eso lo vemos en la segunda parte, titulada «Meditaciones sobre el “Libro del Génesis” en el umbral de la Capilla Sixtina», en la que, comentando la pintura de Miguel Ángel, se admira: «¡El principio y el final, invisibles, emanan hacia nosotros de estas paredes!». Y sintetiza este mensaje en un poema de la tercera parte, al concluir: «Cuando los pueblos y los hombres se inventaban a los dioses,/ vino El que es./ Entró en la historia del hombre/ y le reveló el Misterio oculto/ desde la fundación del mundo.»

Conclusión: una vez leído el poemario transparece la intención del Papa: recordar a los católicos su misión de llevar la Buena Nueva a la cultura, de ser presencia en medio de este mundo y no de otro.

Sin sangre

Alessandro Baricco

Traducción: Xavier González Rovira

Barcelona, Anagrama, 2003

EL autor de «Seda» vuelve a ejercitarse en la novela corta, muy corta. El resultado es realmente musical, como siempre le sucede a Baricco cuando escribe sin alargarse, cuando pule la pequeña joya que es su prosa sin otra intención que hacer surgir un diamante de donde parece que sólo hay una historia bastante normal.

No recuerdo si era Benedetto Croce, otro italiano, el que insistía en que el arte de la música escondía su secreto en el hecho de que era una «mímesis» de los sentimientos, una representación de las emociones que consigue recrear la misma sensación, o parecida, en el que escucha la pieza. Curiosamente éste es uno de los rasgos distintivos de la prosa de Baricco. Parece que haya decidido adoptar, a la hora de escribir, el paradigma musical. Parece que haya decidido desistir de buscar una belleza que no sea la del estilo mínimo, lírico y contenido, que cultiva con una sobriedad de esteta ascético o de asceta estético, no sé.

Frases que se repiten, como «La única mancha sobre el perfil desocupado de la llanura»; la utilización

de mayúsculas en algunos diálogos; la elección de nombres de lugares y de protagonistas por un criterio estrictamente poético (p.e. «la vieja granja de Mato Rujo»); la secreta disposición de los párrafos, con espacios en blanco que sólo se entienden si, con Juan Ramón Jiménez, sabemos que «lo importante de mi poesía son los espacios en blanco»; la utilización de los puntos suspensivos de un modo recurrente, como abriéndonos siempre a la conciencia del personaje que se interroga; el estilo directo y la falta de implicación con los personajes;... Todos estos detalles nos indican un formalismo que anida en Baricco de un modo ferroz. Su diletantismo toma cuerpo, aunque sea cristalino, constantemente.

En cuanto a la historia, sencilla y esquemática, podemos decir que nos recuerda al *A sangre fría* de Truman Capote. Por lo menos la primera parte. Tres hombres llegan a una granja buscando a Manuel Roca, médico que vive con sus dos hijos, del que se quieren vengar. La hija sobrevive a la ejecución. Y la segunda parte de la novela consiste en explicar cómo, muchos años después, cuando la hija ya es una «vieja», encuentra a aquél de los asesinos que la dejó vivir, pese a haber colaborado en la matanza de su padre y de su hermano. La hija, que ha conseguido encontrar y eliminar a los otros dos asesinos, se enfrenta ahora, en una conversación de bar, al último verdugo de su familia. El diálogo entre los dos contiene todo el mensaje de la novela. En él se adensan las palabras y se intenta entender lo sucedido en la guerra civil fruto de la cual la familia Roca y tantas otras gentes fueron asesinadas. Tito le va a contar cuáles eran las razones de sus actos, le va a describir, sin saberlo, el método de la utopía y de la revolución reactiva como el que ellos utilizaron y el más pernicioso para el hombre, porque parte de que «no se puede soñar con un mundo mejor y pensar que te lo entregarán sólo con pedirlo».

Con lo que no queremos decir que sea malo perseguir lo bueno y lo verdadero. Como nos ha dicho Giussani: «la búsqueda de lo verdadero es la aventura por la que el tiempo se convierte en historia.» Sino que la crítica a la utopía está en lo que nos dice este mismo autor de que «no se realiza una realidad nueva haciendo discursos y organizando proyectos alternativos, sino viéndolo gestos de humanidad nueva en el presente».

Ambos están desengañados de la utopía, de este mundo que ha querido aplicarla durante tantos años sin obtener otro fruto que la guerra y el enfrentamiento. Como nos dice el autor, con una reflexión que vale para nuestra sociedad: «para tener hijos, era necesario tener confianza en el mundo.» Este desengaño que anida en el corazón de los dos es el dispositivo que inicia la solución de la historia, porque es sólo a partir de la conciencia de la propia precariedad como pueden encontrar el perdón como único lugar de la paz. Así, desde la absoluta pobreza de un mundo sin ideales que ellos parecen llamar «infierno», desde ese *mysterium iniquitatis* que comparten todos los personajes de la novela, se nos puede decir: «por mucho que la vida sea incomprensible, probablemente la atravesamos con el único deseo de regresar al infierno que nos creó, y de habitar en el mismo junto a quien, en una ocasión, nos salvó de aquel infierno. (...) Quien nos salvó en una ocasión puede después hacerlo para siempre. En un largo infierno idéntico a aquél del que venimos. Pero, de pronto, clemente. Y sin sangre.» Resulta curioso ver cómo lo que corresponde al corazón humano es lo de siempre, pese a que, debido a la erosión cultural, ahora a los escritores les cuesta identificarlo. Lo describen bastante bien pero les falta darle nombre.

La síntesis del libro –hay que decirlo– es: «no hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón». Otra vez el papa. Al final, la belleza del libro tiene un porqué.

Esto es lo que se propone el Concilio ecuménico Vaticano II, el cual, mientras agrupa las mejores energías de la Iglesia y se esfuerza en hacer que los hombres acojan con mayor solicitud el anuncio de la salvación, prepara y consolida este camino hacia la unidad del género humano, que constituye el fundamento necesario para que la ciudad terrenal se organice a semejanza de la ciudad celeste.

*Discurso de Juan XXIII en la inauguración del
Concilio Vaticano II (11 de octubre de 1962)*



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Izquierda y liberalismo, ¿realmente enfrentados?

Conocíamos a Jean Claude Michéa por un librito, «La escuela de la ignorancia», en el que denunciaba los frutos, desastrosos, de la reforma educativa no como un fracaso de ésta, sino como su culminación exitosa. Sabíamos también que había publicado en el país vecino un interesante libro sobre el pensamiento de Orwell. Ahora, Falk van Gaver se hace eco, en la revista Immédiatement, de su última obra, Impasse Adam Smith, en la que señala el origen «liberal» de lo que se conoce como izquierda radical. La pretendida disputa derechas-izquierdas no sería más que una riña familiar que no afectaría a lo esencial y la «refundación» de la izquierda inviable. La interesante tesis es la siguiente: «No existe más que una sola posibilidad de desarrollar de manera integralmente coherente las ideas ambiguas de la Ilustración: el individualismo liberal. Así pues, la izquierda bebe exactamente de la misma fuente filosófica que el liberalismo moderno. Es la existencia de esta matriz original, común al pensamiento de izquierdas y al liberalismo, lo que explica, según Michéa, las razones que han llevado siempre al primero a validar el espíritu del segundo en lo esencial. Para decirlo brevemente, el hombre de derechas tiene tendencia a defender la premisa, pero le cuesta aceptar sus consecuencias, mientras que el hombre que se dice de izquierdas tiene tendencia a lo inverso.

En consecuencia, la idea de un anticapitalismo de izquierdas aparecerá como absurda e improbable. El elogio mecánico del progreso, del movimiento, del cambio, pertenece al núcleo duro del programa metafísico de toda izquierda posible, programa al que no puede renunciar, inclu-

so parcialmente, sin renunciar a su totalidad. Son por consiguiente las exigencias mismas de un combate coherente contra la utopía liberal las que hacen necesaria una ruptura radical con el imaginario intelectual de la izquierda.

En nuestros días la peor ilusión que alberga un militante izquierdista es la de continuar creyendo que el sistema capitalista que afirma combatir constituye por esencia un orden conservador, autoritario y patriarcal. Bien al contrario, el espíritu del «laissez faire» (dejar hacer) no puede funcionar al máximo de su eficacia si no consigue convertir continuamente la transgresión permanente de todos los valores heredados en imperativo categórico y principio de su propia expansión ilimitada. La transgresión es el «leit motiv» del capitalismo y de su falsa juventud».

A vueltas con Dios y el César

El siempre interesante Mauricio Blondet ha abordado en un reciente artículo, «Dios privado, César prepotente», una cuestión ciertamente espinosa, pero no por ello menos esencial: las relaciones Iglesia-Estado. En estos tiempos en los que es obligatorio defender una estricta separación, Blondet se atreve a insinuarnos que bajo tal fórmula se esconde la sumisión de la Iglesia al Estado. La expulsión de la religión al ámbito de lo privado está en el origen de los totalitarismos ateos que acaban por yugular también el ámbito reservado a la conciencia. Escribe Blondet que «se hace necesario volver a la distinción entre Dios y el César, pero pensando con mayor profundidad el estatuto público de la religión. En muchas posturas del debate en curso se expresa una objeción constante, según la cual toda fe debe permanecer rigurosamente cerrada dentro del recinto de la concien-

cia individual. Se hace valer aquí el concepto ilustrado y liberal –influyente a lo largo de la historia moderna y contemporánea de Europa– de la religión como suceso solamente privado. Pero si Dios es solamente privado, ¿esto significa que debemos entregar al César la vida pública en su totalidad? ¿No han sido la negación de Dios, la afirmación prepotente y atea de la existencia, la lucha contra cualquier fe trascendente, las raíces fundamentales de los terribles totalitarismos del siglo xx? Ahora aparece con claridad que la cultura contraria al papel público de la religión no percibió el carácter antirreligioso y ateo de los totalitarismos ni reconoció el mensaje liberador del cristianismo».

Recepción de la «nota Ratzinger»

Nos referimos a la «Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política», el documento recientemente emanado de la Congregación para la Doctrina de la Fe que dice dirigirse «a los obispos de la Iglesia católica y, de especial modo, a los políticos católicos y a todos los fieles laicos llamados a la participación en la vida pública y política en las sociedades democráticas». Desde Christicity, Patrice de Plunkett abordaba en una entrevista cuál ha sido la reacción general en Francia:

P: A través de la prensa, un cierto número de católicos han podido saber que Roma llamaba a una resistencia política, ¿cómo han reaccionado?

R: A falta de explicaciones en el seno de las parroquias, estos católicos han sido dejados a su reflejo individual. En numerosos casos, ha sido

un reflejo esquivo. La llamada «política» de Roma ha dejado fríos a estos parroquianos.

P: ¿Se trata de una rebelión de su parte?

R: No, simplemente, abandonados a sí mismos, han obedecido a las normas de su época y de su entorno. La sociología del catolicismo francés está cada vez más marcada por su componente burgués. Las élites contemporáneas (creyentes o no) han tomado la costumbre, desde hace al menos diez años, de desdeñar la política: a sus ojos es simplemente el portero de la economía. ¿Se le pide a un portero que tenga convicciones? Tan sólo se le pide que abra la puerta. Así pues, la política ya no es el lugar de las verdaderas decisiones y uno no debe intentar mejorarla: debe reducirse cada vez más. Es lo que piensa la joven burguesía «bobo» (liberal-libertaria). Es también lo que piensan, sin confesarlo demasiado, muchos de los miembros de la burguesía más tradicional. Éstos pueden permanecer vinculados a los que llaman los «valores», pero en su espíritu estos «valores» pertenecen al ámbito privado: forman parte de un arte de vivir y de rituales familiares. La religión también. Sería pues indecente introducirla en la escena pública e impensable oponerla a las autoridades.

P: El problema es que la nota Ratzinger llama a los católicos a atreverse a oponerse.

R: Les pide que rompan con el consenso relativista, que permite lo peor, y que resistan a la sociedad de consumo. Se trata de proteger a la humanidad en nombre de Cristo. Lo que lleva a admitir que la fe católica es una fuerza universal (y por tanto diferente de un «valor» de casta) y que tiene algo que decir en política. En cuanto a la política, debe servir al bien común, lo que no consiste forzosamente en servir al mercado, como Juan Pablo II no cesa de repetir desde *Centessimus annus*.

En la medida en que implica esas nociones, la nota Ratzinger nos llama a un giro copernicano. Nos pide que rompamos con años de «minicreencia» y de pensamiento único... Exigencia evangélica, al alcance de todo cristiano, si es de buena voluntad y si su comunidad (¿su parroquia?) le ayuda a comprender que se ha pasado una página. Hay algo incongruente en este asunto, pero no es la llamada de Roma sino la actitud de creyentes que persisten en seguir la ideología liberal en boga durante los años 1990.

Antes americanos que hijos de la Iglesia

Ya hemos abordado cómo se ha vivido el rechazo a la guerra de Irak en la vieja Europa. Frente a la postura cristiana, se han ido erigiendo dos planteamientos opuestos: por un lado el belicismo de la realpolitik o de los que quieren extender la democracia a sangre y fuego, por otro el pacifismo resentido y rebosante de odio contra toda autoridad. Pero, ¿cómo han vivido la guerra los cristianos estadounidenses? ¿En qué medida ha influido en ellos la firme postura del papa? Monseñor Lorenzo Albacete, norteamericano de origen portorriqueño, y actualmente profesor en el seminario St. Joseph de Nueva York, nos da su opinión al respecto. Una opinión que, no por dura, deja de verse corroborada por los hechos y que encaja con la noción religiosa imperante, desde su fundación, en los Estados Unidos de América:

Los católicos norteamericanos han reaccionado a la amenaza de la guerra como el resto de los ciudadanos. No ven qué puede tener que ver con su fe católica. Los obispos norteamericanos se han opuesto a la guerra (o por lo menos la Conferencia Episcopal), pero esto no tiene abso-

lutamente ningún efecto sobre lo que piensan los católicos americanos. Éstos ya no basan sus juicios éticos en las declaraciones de los obispos. El presidente Bush no tiene miedo de una «reacción católica americana» en su contra; realmente no existe ninguna razón política por la que debiera temerla. Si hubiera motivos, sus propios consejeros políticos habrían intentado avisarle, pero hay motivos para pensar que ha sucedido exactamente lo contrario: que le han dicho que no se preocupe.

No tengo ninguna duda de que Bush se considera un cristiano, que está tratando de ser un buen cristiano, que respeta y aprecia mucho al papa Juan Pablo II, pero no puedo dejar de subrayar lo mucho que el catolicismo es ajeno a ese modo de pensar. Los jefes de la Iglesia son vistos, en la mejor de las hipótesis, como consejeros éticos, y cualquier planteamiento que aparezca como una interferencia en los asuntos del Estado y de la política es, simplemente, rechazado como un inmiscuirse ignorante e interesado.

Esencialmente, los católicos americanos viven su catolicismo como una cuestión privada, sin ninguna implicación política directa (excepto la promoción de valores e ideales separados de cualquier verdad concreta), y no como la fuente de sus juicios sobre la realidad que guían sus decisiones políticas. Han aceptado el dualismo protestante entre el mundo y la Iglesia. Una encuesta tras otra muestran que la mayor parte de los católicos norteamericanos piensan y actúan políticamente siguiendo los criterios que guían al resto de los norteamericanos. Sus decisiones políticas no son generadas a partir de la experiencia de una identidad católica en cuanto tal. Los esfuerzos históricos de la Iglesia norteamericana para demostrar su patriotismo y su devoción a la libertad religiosa han triunfado de un modo tal que hubiera sido inimaginable para quien los había concebido.

¿Es la democracia meramente un sistema político?

En el mes de mayo de 1953 se hacía eco la revista CRISTIANDAD –de modo destacado– de la campaña «por un mundo mejor» desarrollada por el jesuita padre Lombardi en multitud de ciudades europeas. En España y, particularmente en Barcelona, tuvo esta llamada a una total regeneración, una acogida especialmente amplia y popular, que era como el fruto del reciente Congreso Eucarístico Internacional. Aquella campaña tenía en realidad su inicio en la misma voluntad del papa Pío XII de mostrar al mundo que era necesaria una radical renovación del hombre y de la sociedad, fundada en los principios cristianos y no en cualesquiera otros. El propio obispo diocesano doctor Modrego se hacía eco explícito de esta campaña en una pastoral que nuestra revista también comentaba. Todo ello era recogido en el editorial del número 219 del 1 de mayo.

Hay una manifiesta concordancia entre aquel mensaje de Pío XII y la actual «nueva evangelización» que propone el pontífice actual Juan Pablo II como el programa del comienzo del tercer milenio. Pero sería ingenuo no darse cuenta de los cambios habidos en estos cincuenta años en la sociedad civil –e incluso en la propia Iglesia como comunidad humana en la medida en que Dios lo ha permitido– y no reconocer que estos cambios se han sucedido en una ininterrumpida marcha de secularización y descristianización.

Es por ello por lo que el responsable de esta sección se inclina por recoger unos textos de hace cincuenta años ubicados en la misma revista pero en una sección de menor trascendencia titulada

«EL BIELDO Y LA CRIBA». El tema era «la democracia» y la perspectiva desde la que se abordaba era la democracia como sistema total que, más allá de ser considerada un determinado sistema político, se presentaba además y en su profunda esencia como una moral y como una religión.

A la luz de esta perspectiva queda justificada la elección del tema porque no parece ingenuo relacionar la descristianización de Europa con la omnipresencia de este sistema llamado «democracia», que se presenta según expresamente advierte Spinoza al comienzo de esta parte de su inconcluso tratado, como «el más absoluto de los gobiernos». Será sin duda por este carácter absoluto por lo que la democracia no admite, ni dentro de sí ni cerca de sí, otro sistema –otra religión– que él mismo.

La conclusión final del articulista –que había dedicado al tema otros dos artículos– era que la democracia era una herejía nacida del cristianismo. Como tal herejía no tenía más bondad que aquello que del cristianismo toma. Y lo que esencialmente la caracteriza es la oposición a la integridad y ordenación superior de la verdad cristiana. Por razones de brevedad recogemos solamente algunos párrafos especialmente significativos. Baste solamente indicar que están redactados, no tanto por lecturas filosóficas o teológicas o de doctrina pontificia sino, como dice su autor, desde su reflexión personal «durante estancias en Inglaterra, conversaciones, lecturas de prensa y a través de libros americanos o ingleses», es decir, exposiciones democráticas de la democracia. Tal es su testimonio.

Notas sobre la democracia

(...)

Decía que democracia era «Una concepción de la vida humana basada en la libertad absoluta de cada uno en todo lo que no interfiriera con los intereses a la libertad ajena, complementada con un régimen de vida político en que se gobierna de acuerdo con la voluntad de la mayoría».

Si ello resulta bastante como punto de partida, es insuficiente como meta, y a ese efecto se plantea la pregunta: ¿Es la democracia una creencia, o hecho, o fenómeno de carácter político o social, o de tipo moral, o de naturaleza religiosa?

(...) La democracia afecta a algo mucho más profundo que unas elecciones, la designación del jefe

del Estado o la aprobación de una Ley. (...) Si se considera a la moral como el conjunto de normas de conducta que regulan las relaciones de los hombres no sólo en lo público, sino en lo privado, no puede haber duda del contenido moral de la democracia. Ofrece al mundo un sistema de normas de conducta en que el bien y el mal se determinan por su inclusión o exclusión de la ortodoxia democrática, con su principio de libertad para hacer todo aquello que no lesione los derechos o los intereses de los demás. (...)

La moral democrática choca, interfiere, a toda moral religiosa y muy en concreto a la moral cristiana. La democracia puede admitir el cristianismo con sus normas de conducta, en lo que no afecta al prójimo, y en tanto se limiten a actos exclusivos de la conciencia de cada individuo, sólo a él concernientes, y que porque quiere, acepta o rechaza, pero no como normas de rango superior, que trascienden el individuo y sin embargo le obligan aun cuando no se interfirieran con esferas de derechos o intereses de otros individuos.

En realidad la «democracia» no admite la moral cristiana, ni ninguna otra moral religiosa más que en lo que coinciden con su propia moral democrática, y si transige con ella, es sólo de modo transitorio, como solución temporal, o quizás como peldaño en que apoyarse para una ulterior ascensión, pero siempre con el objetivo de hacerla desaparecer, y de sustituirla en su totalidad, «democratizando» el país. Toda contemporización entre moral democrática y moral religiosa ofrece un equilibrio inestable, puesto que son forzosamente contradictorias y tanto como la democrática es incompatible con la existencia de la religiosa, dentro de esta última no puede existir la primera.

Pero la democracia no se agota en un contenido moral, llega a algo más, o por lo menos se quiere hacer que llegue. (...) Es una religión que hasta parece que tiene una liturgia con los ritos constitutivos del sufragio humano, y que, según sus «pontífices», está en trance de perfeccionamiento, hasta llegar a la fórmula perfecta que determine la felicidad humana al resolver todo problema de convivencia. Este quiere ser su paraíso, su nirvana, que como todo lo democrático se encuentra en la tierra ya que democracia es por esencia la divinización de lo terreno, de lo que acostumbramos a denominar «material».

Afirmar que la democracia tiene una raíz fundamentalmente religiosa parece atrevido, pero si se de-

nomina «religión» al conjunto de ligaduras de orden superior que obligan al hombre durante su vida, a la democracia en el sentido que se la viene tratando, hay que considerarla como una religión, cuyo origen, en lugar de residir en una voluntad de un ser superior, Dios, lo hace en una supuesta voluntad superior de la razón común de la humanidad. (...) Solamente partiendo de la consideración religiosa de la democracia pueden llegarse a comprender muchos hechos que en ella participan y, de modo concreto, la mentalidad que ha creado, y el culto que provoca.

¿Cómo sino puede justificarse la subordinación a sus principios de todos los religiosos? Como en Roma, al lado del culto supremo a Júpiter, el dios de dioses, existían cultos a otros diosillos menores, del mismo modo ahora, junto al culto al gran mito democrático, se tolera la creencia en otras religiones, para las que existe algo así como un «estatuto» del que son reglas importantes: que se limite a lo íntimo de las conciencias, que no afecte a los principios democráticos, que tolere otros cultos, y, en fin, que sea prudente en sus exteriorizaciones y sirva bien en el paraíso de la mediocridad que es la época actual.

(...)

La democracia es la religión del materialismo, constituye el supremo ordenamiento de la razón humana, que al negar al verdadero Dios, busca en ella todas las normas de convivencia y relación.

(...) De este modo la religión democrática ha recogido una parte de los principios cristianos, los ha desnaturalizado desgajándolos del resto, los ha integrado en su divinización humana, y ha creado sus dogmas. A todo esto pueden oponerse distingos y hacerse reparos. La lógica, como toda cualidad absoluta, sólo cabe en lo verdadero, lo falso en cambio tiene que estar lleno de contradicciones, y así ocurre en la aplicación práctica de lo democrático, en las interpretaciones que cada uno puede dar de ello.

En todas las herejías ocurre algo parecido a la democracia. Toman una parte de la verdad cristiana e ignoran o, más bien en este caso, desprecian a las restantes, y al mismo tiempo inculpan de que lo que ellas poseen no existe en el cristianismo, y aquí al hablar de cristianismo nos referimos, como es lo ortodoxo, al catolicismo. Así hoy día se está acusando al espíritu católico de despreocupación por la libertad del hombre cuando ésta es su aportación fundamental a la humanidad, que sólo por Cristo, su mediación y su sacrificio ha podido darse.

CONTRAPORTADA

La esperanza en el reino de Dios que vendrá

Las fórmulas secularizadas de esperanza del Reino de Dios, que querían transformarlo en un reino de omnipotencia humana, han causado graves quebrantos al justo interés de los hombres por el progreso y por el desarrollo. En consecuencia, hoy, precisamente en el mundo de las civilizaciones altamente industrializadas, están particularmente difundidas la desilusión y el miedo, la resignación y una amarga negación del futuro.

En última instancia, existe solamente una alternativa para la ciega confianza del hombre en su ilimitada potencia futura y también para su rechazo y para su desesperación ante el futuro: creer en un futuro que, más allá de todas las posibilidades humanas, pero también al margen de todos los peligros que amenazan al hombre, Dios mismo nos ha prometido y descubierto en Jesucristo una vez por todas: la esperanza en el futuro de Dios en su Reino que vendrá.

Lo que san Agustín dice de un hombre, individualmente considerado, vale también para la sociedad y para toda la humanidad. Inquieto está el corazón de la humanidad hasta que no encuentre la paz en la esperanza y en la confianza en el Reino de Dios que viene y que un día se cumplirá.

*Mensaje de Juan Pablo II a los participantes en
el 89 Catholikentag (10 de septiembre de 1986)*